

# «Una perfecta princesa». Casa y vida de la reina Isabel de Valois (1559-1568). Primera Parte\*

## «A perfect princess». The Life and household of Queen Isabel de Valois (1559-1568). Part One

M. J. RODRIGUEZ SALGADO<sup>1</sup>

London School of Economics

### RESUMEN

Los dos hechos más notables de la vida de Isabel de Valois fueron su matrimonio, con 13 años, con el rey Felipe II, y su muerte a los 22 años. Esta muerte tan temprana y la existencia de varios cuadros magníficos de Isabel han contribuido en gran medida a forjar la imagen trágica y romántica que aún perdura de la reina. No obstante, poco se sabe sobre su carácter y su papel como reina. Este estudio intenta indagar sobre su personalidad y penetrar en la realidad de su breve vida a través de la documentación relativa a su casa y a su vida cotidiana. Describe las fuerzas personales y políticas que forjaron la casa hispano-francesa de la reina y las fuertes presiones a las que estuvo sometida desde muy joven, especialmente en esta esfera. Se demuestra la incapacidad de Isabel para jugar el papel que le correspondía como cabeza de esa institución multitudinaria que era la casa regia, y se trazan algunas de las graves consecuencias que resultaron de ello, tanto para el personal como para la autoridad regia. Se estudian también las deudas insostenibles que acumuló en poco tiempo. Este capítulo ensancha nuestros conocimientos sobre la corte hispana del siglo XVI y examina la importancia relativa de la personalidad y de los límites de su entorno en el éxito y fracaso de la reina.

### PALABRAS CLAVE

Siglo XVI,  
España  
Corte,  
Casa de la  
reina  
Deudas  
reales  
Isabel de  
Valois  
Relaciones  
hispano-  
francesas  
Vida  
cotidiana en  
la Corte  
Felipe II

\* La segunda parte de este artículo aparecerá publicada en el n.º 28 de *Cuadernos de Historia Moderna*.

<sup>1</sup> Quiero expresar mi gratitud al Leverhulme Trust por su contribución a las visitas de los archivos italianos y portugueses que aquí figuran y por financiar el periodo sabático durante el cual redacté este artículo, y a la London School of Economics por la financiación de la investigación en Madrid y en el Archivo General de Simancas. Aprecio también la ayuda de Carlos Gómez-Centurión quien mejoró mi texto original.

**ABSTRACT**

Two facts stand out in the life of Isabel de Valois: her marriage at the age of 13 to Philip II of Spain, and her death, aged 22. Her early death and the survival of some striking portraits have contributed in good measure to the aura of romantic tragedy that still envelops her. But little is known about her character or her role as queen. This study seeks to get closer to her personality and to the life she led primarily through the extant documentation about her household. It traces the personal and political forces that shaped the queen's franco-spanish household and some of the strong pressures she was under from a young age. It demonstrates that Isabel was incapable of dealing with her vital role as head of the mass of people who made up the royal household, and examines some of the grave consequences both for individuals and for royal authority. The staggering and unsustainable debts she accumulated are also evaluated. This chapter probes deeper into how the Spanish court functioned in the sixteenth-century and explores the relative importance of personality and external limitations in the success and failure of the queen.

**KEY WORDS**

Sixteenth century, Spain  
Court, The Queen's household  
Royal debts  
Isabel de Valois  
Hispano-french relations  
Daily life at Court  
Philip II

**SUMARIO** 1. La creación de una casa hispano-francesa. 2. Isabel de Francia, Reina de Castilla. 3. Un entorno inestable. 4. Costes necesarios y deudas voluntarias. 5. La vida cotidiana.

«Dentro de quinientos años Doña Isabel será tenida como ejemplo de bondad y merecedora de cuantos loores puedan decirse de una perfecta Princesa, porque era la mejor Reina que los españoles han tenido y tendrán jamás»<sup>2</sup>.

Así opinaba el embajador francés Fourquevaux poco después de la muerte de Isabel de Valois. El aura de tragedia se profundizó una década más tarde cuando los propagandistas de Guillermo de Orange, líder de los rebeldes Flamencos, acusaron al rey Felipe II —entre otras muchas faltas—, de amoríos ilícitos y asesinatos. No tardó en esparcirse el rumor escandaloso de que el rey, consumido por celos, envenenara al príncipe don Carlos y a la reina Isabel al enterarse de que estaban enamorados. La creación de una historia apasionante de amor entre los dos jóvenes fue facilitada por el hecho de que Carlos e Isabel habían estado prometidos antes de que el rey Enrique II insistiera en que Felipe II aceptara a su hija como esposa para saldar el conflicto que les estaba arruinando. La historia, por muy inverosímil que fuera, llegó a ser un elemento básico de la Leyenda Negra contra Felipe II y se transfiguró en mito popular e internacional debido a dos obras extraordinarias sobre Don Carlos: el drama de Friedrich Schiller (estrenado en 1787) y ópera de Giuseppe Verdi inspirada en él (estrenada en 1867). La imagen de Isabel cautivó de tal forma al historiador Agustín González de Amezúa y Mayo que se dedicó

<sup>2</sup> Agustín González de Amezúa y Mayo, *Isabel de Valois*, Madrid, 1949, 3 vols; II p. 513 citando las palabras del embajador francés Fourquevaux.

a investigar la vida de la reina, publicando una extensa obra en tres gruesos tomos en 1949. Esta historia pormenorizada y seria, fundada en unas bases documentales sólidas, sigue siendo de lectura obligada, particularmente el tercer volumen que contiene una valiosa recopilación documental<sup>3</sup>. Aunque el autor evitó caer en excesos, esta obra ha facilitado la continuación de la leyenda rosa en torno a la reina. Las biografías recientes de Felipe II siguen representando a Isabel como una joven alegre, dulce y vulnerable que llegó a cautivar al rey y hacerle feliz. Es hora de rectificar esta imagen un tanto idealizada e inexacta y de corregir ciertos errores sobre la casa de la reina basados en datos incompletos que publicó González de Amezúa y Mayo<sup>4</sup>.

La unión matrimonial de Francia y España en 1559 se debió, como tantos otros matrimonios regios, a la necesidad de convertir un tratado de paz en una alianza efectiva. Las perspectivas no eran muy esperanzadoras. El matrimonio entre Francisco I de Valois y Leonor de Habsburgo – respectivamente abuelo y tía de los nuevos esposos – no había sido feliz ni había logrado evitar nuevas guerras. La diferencia de edad entre Felipe II con sus 32 años e Isabel con 13 también dificultaba una compenetración efectiva. La reina tardaría en poder cumplir con los dos papeles fundamentales de un buen matrimonio aristocrático: el de compañera y de madre. Pero esto no impedía la realización del papel simbólico que encarnaba Isabel, como representante de la grandeza de Francia y conducto de la alianza política de este reino con España. Por ello su madre, la reina viuda Catalina de Médicis, la envió al encuentro de su esposo rodeada de un brillante séquito. Como era habitual, en la frontera se despidieron de ella la mayoría de los nobles franceses de alto rango y otros servidores mucho más humildes pero no menos útiles, incluidos varios acemileros y mozos de carruaje. La recibió un grupo parecido. Felipe II escogió a uno de los Grandes mas potentes de España, don Iñigo López de Mendoza, IV duque del Infantado, y a Francisco de Mendoza, arzobispo de Burgos. Encabezaban un impresionante séquito, que incluía a otros 13 títulos y más de 100 caballeros y gentileshombres de su linaje<sup>5</sup>. También envió carruajes con la servidumbre necesaria para transportar al séquito real.

Los esponsales se hicieron con las ceremonias acostumbradas y la boda, celebrada en Guadalajara el 29 Enero de 1560, fue fastuosa cumpliendo con las grandes expectativas de dentro y fuera de Castilla. Ejercieron de padrinos la princesa Juana (hermana menor del rey) y el duque del Infantado, en cuyo palacio se hizo la ceremonia. Acudieron muchos nobles españo-

<sup>3</sup> F. von Schiller *Don Carlos Infante de España*, edición de Luis Acosta, Madrid, 1996 con una informativa introducción. Vease también J. Juderías, *La Leyenda Negra*, Madrid 1914 y el epílogo de G. Parker, *Felipe II*, Madrid, 1994. A. González de Amezúa y Mayo, op. cit.

<sup>4</sup> Errores que yo misma repetí en M. J. Rodríguez Salgado, «Honour and profit at the court of Philip II of Spain», en M. Aymard y M. A. Romani (eds.), *La cour comme institution économique*, Paris, 1998, pp. 66-86, en p. 78. Tanto M. Fernández Álvarez, *Felipe II y su tiempo*, Madrid, 1998, como H. Kamen, *Felipe de España*, Madrid, 1998, son favorables a Isabel y reiteran la felicidad del matrimonio, sin dedicarle mucho espacio.

<sup>5</sup> A. González de Amezúa y Mayo, ofrece un relato pormenorizado de las negociaciones, viaje y esponsales de Isabel en el primer volumen de su biografía de la reina. Detalles de los Mendoza, en op. cit., I, pp. 94-6. Fueron escogidos por su rango y capacidad financiera pues los gastos de este lucido séquito recaían sobre los magnates. Ya que ninguno de ellos manejaba bien el francés, Burgos pidió que les acompañasen el obispo de Pamplona y el doctor Malvenda, quienes lo hababan bien y eran fiables, ver *ibid.*, p. 98.

les, pero la presencia de una princesa de la sangre francesa impidió la participación de la duquesa del Infantado y de las damas principales de su casa. En el séquito de Isabel venía su prima, Ann de Bourbon-Montpensier, y el rey aceptó que debía tener precedencia. La duquesa de Infantado se negó a admitir un papel de segundo rango en una ceremonia tan importante. Fingió una enfermedad y no se presentó para no sufrir tal deshonra, y con ella aguantaron este penoso exilio su nuera, la marquesa de Cenete, y la condesa de Módica entre otras damas del linaje. No sería el último conflicto entre las nobles hispanas y las francesas. Al contrario, la vida de la reina en España estuvo marcada por una serie de enfrentamientos y tensiones debido a la competencia entre estos dos grupos. La emulación no se limitaba a las mujeres, naturalmente. Durante las fiestas y ceremonias nobles hispanos, franceses e italianos compitieron intensamente por honra y fama, creando un ambiente a la vez brillante y conflictivo. Un diplomático florentino comentó que las bodas habían sido muy solemnes, pero si a caso le había impresionado aún más la gran ostentación y el gasto que habían hecho los nobles que participaron en las ceremonias<sup>6</sup>.

### 1. La creación de una casa hispano-francesa

Catalina de Médicis había organizado una casa grandiosa para acompañar a su hija y demostrar la potencia y riqueza del reino francés, a sabiendas que los gastos eran responsabilidad de Felipe II desde el momento en que Isabel cruzó la frontera. Era habitual enviar un gran séquito que en todos casos era efímero, y que ampliaba sustancialmente la casa que había servido a la princesa antes de su matrimonio. También era habitual que la princesa, al llegar a su nuevo estado, quisiera seguir rodeada de viejas amistades, compañeras de la infancia, tutores y compatriotas y que solicitase a su marido que le permitiera retener a un grupo sustancial de ellos. El interés de su familia era que se quedasen personajes importantes en la nueva casa que debía organizar y financiar Felipe II, para que influyeran a la reina y dieran información importante sobre la corte y monarquía vecina. Por su parte, el rey como otros esposos en iguales circunstancias, quería reducir las influencias externas y tenía que armonizar los deseos de su mujer con las grandes ambiciones de sus súbditos, concediéndoles puestos honrosos en la nueva casa de la reina y recompensar así sus servicios. Con frecuencia en estas circunstancias se tenía ya formada la nueva casa de la esposa acorde con su nueva dignidad antes de que llegase. Muy raras veces cambiaban de papel el hombre y la mujer. Tal ocurrió en 1554 cuando Felipe II se casó en segundas nupcias con María Tudor, reina de Inglaterra, y esto influyó en la actitud del rey respecto a la casa de Isabel. En 1554 se crearon graves problemas ya que el rey se había encontrado con dos casas. Llegó a Inglaterra con una casa numerosa, en parte para las ceremonias, pero en sustancia era la que le había servido como gobernador de los reinos hispanos y que debía mantener para ejercer su cargo como rey de Nápoles, duque de Milán y heredero de Carlos V.

<sup>6</sup> Archivio di Stato di Firenze, Archivio Mediceo del Principato, Spagna, [de aquí en adelante ASF, MP,Sp] filze 4894 ff.203 y 206, el secretario Grazino al secretario del duque de Florencia, Guadalajara, 2 de febrero de 1560. La boda en A. González de Amezúa y Mayo, op. cit., I, pp. 117-25; el problema de la duquesa de Infantado en pp. 123-4.

Pero María Tudor le había creado una casa exclusivamente inglesa para su papel como rey de Inglaterra. Ya que no se podía servir de ambas, Felipe II debió fundir estas dos casas. El proceso fue lento y penoso. Puede ser que habiendo sufrido no hacía mucho una situación parecida, el rey decidió dilatar la reforma de la casa de Isabel y prometió tener en cuenta los deseos de su esposa antes de completar la lista de los criados de su nueva casa regia<sup>7</sup>. Declaró con anticipo que no se haría nada hasta después de la boda, «porque no ouiesse embaraços ni impedimentos». Después, «con mi presencia se trataria de assentarlo todo»<sup>8</sup>.

Ello no quería decir que no hubiera comenzado ya el proceso de organizar la casa de la nueva reina. Ciertos oficiales principales recibieron su nombramiento en octubre de 1559 y en los meses antes de llegar Isabel a España, entre ellos su Mayordomo Mayor era el conde de Alba de Liste<sup>9</sup>, el Caballerizo Mayor don Fadrique de Portugal, y Lope de Guzmán uno de los Maestresala (más tarde llamados Mayordomos). Una viuda aristocrática de vida ejemplar que había servido por muchos años en la corte de la emperatriz Isabel, doña María de la Cueva, condesa de Ureña, aceptó el cargo de Camarera Mayor y cabeza de la sección femenina de la casa. Doña María se incorporó al séquito de la reina en Pamplona para comenzar a instruir a Isabel y a sus damas en el ceremonial español que se impondría en las entradas oficiales, pero no se le permitió por entonces hacer su cargo principal por no destituir a las sirvientas francesas de Isabel<sup>10</sup>. Para asegurarse de que las ceremonias tuvieran lugar con el debido recato y controlar la rivalidad de los séquitos de España y Francia, el rey envió a don Lope de Guzmán a la frontera, aunque tenía prohibido comenzar a servir a la reina de Maestresala. Iba sólo en categoría de oficial principal de la casa del rey. Se envió también a la frontera a Louis Sigoney, Grefier de la casa del rey y, de ahora en adelante, Contralor de la casa de Isabel. Su idioma materno era el francés y tenía una gran experiencia de la corte real borgoñona y castellana. Se le encargó coordinar con los oficiales de la casa francesa de Isabel y facilitarles el aposento y compra de víveres. También manejar el dinero enviado por el rey para cubrir los gastos de la reina. Llevaba de asistentes otros tres oficiales de habla francesa<sup>11</sup>. Entre el séquito francés también había quienes, como el secretario de estado, Luis de Saint-Gilles, señor de Lansac, hablaban el castellano<sup>12</sup>.

<sup>7</sup> Archivo General de Simancas, sección de Estado K, legajo [de aquí en adelante AGS EK] 1493 f.5, Instrucción a don Juan de Coruña, conde de Buendía, enviado a París en octubre de 1559; A. González de Amezúa y Mayo, op. cit., I, pp. 150-1. Los problemas de Inglaterra en M. J. Rodríguez Salgado, *Un imperio en transición*, Madrid, 1992, pp. 140-145.

<sup>8</sup> A. González de Amezúa y Mayo, op. cit., III, n.xiii pp. 90-2, Instrucciones a Lope de Guzmán, [Aranjuez, noviembre de 1559].

<sup>9</sup> Don Enrique Enríquez de Guzmán, IV conde de Alba de Liste, señor de las Garrovillas estaba casado con su prima Doña María Leonor de Toledo, hermana del III duque de Alba. A. González de Amezúa y Mayo, op. cit., I, p. 152.

<sup>10</sup> Era hija del segundo duque de Alburquerque, y viuda de don Juan Téllez Girón, segundo conde de Ureña. Fue con ella a recibir a la reina su hijo, el conde, y como veremos consiguió meter a dos de sus hijas en la casa regia. El rey le dio orden que no se entremetiese en el funcionamiento de la casa francesa de Isabel. A. González de Amezúa y Mayo, op. cit., I, pp. 106-110.

<sup>11</sup> A. González de Amezúa y Mayo, op. cit., III, n.xiii pp. 90-2, Instrucciones a Lope de Guzmán, [Aranjuez, noviembre de 1559].

<sup>12</sup> A. González de Amezúa y Mayo, op. cit., I, p. 90.

Después de la boda, Felipe pidió que se reuniesen con la reina el secretario Lansac, el embajador francés y Madame de Clermont, dama principal de Isabel, para seleccionar aquellos oficiales franceses que se consideraran imprescindibles para quedarse en España al servicio de Isabel. González de Amezúa y Mayo calculó que el séquito que llegó con ella a Guadalajara era de unas 162 personas y que de estos se escogieran a 75 oficiales, incluidas todas sus damas y camaristas, unas quince en total. Entre ellas destacaban Susana de Bourbon, señora de Rieux, Madame de Clermont, y Ann de Bourbon, hija del duque de Montpensier y prima de la reina. Solicitaron también que el rey permitiese quedar a Claude Sublet, antiguo maestro de Isabel y ahora su limosnero. La selección inicial dejaba una fuerte presencia de los sirvientes originales de Isabel en otros departamentos, como la cocina. Parece ser que Felipe II admitió esta selección pese al hecho de que se trataba de un número muy elevado de oficiales franceses, especialmente de damas de la reina. Por su parte el rey nombró a unos 90 oficiales hispanos para completar las nóminas de la casa. Estos datos fueron recogidos por González de Amezúa y Mayo quien también dice en un momento que a la reina le servían más de 300 personas. Ahora bien, las dos listas de oficiales que publicó parecen sugerir que la casa que se creó en 1560 constaba de unos 154 oficiales y que fue creciendo hasta llegar a más de 200 en 1567. Sugiere este material que, pese a la despedida de cerca de dos tercios de la casa francesa en junio de 1560, hubo un segundo y masivo éxodo de oficiales franceses en mayo 1561 que afectó a unas 240 personas<sup>13</sup>. La confusión se debe a que las listas de la casa que utilizó son parciales. Una de ellas, a la que pone fecha de mayo de 1561, es parte de un finiquito posterior que incluye los pagos que se hicieron a la casa de la reina por gajes de 1560 y de 1561. Figuran en ella no sólo el grupo de oficiales franceses que salieron de España en 1561, sino también aquellos que habían salido en 1560 y los gajes y mercedes de alguna gente que quedó sirviendo a la reina por varios años más.

Utilizando varias cuentas y finiquitos en los que figuran el abono de los gajes y múltiples cuentas de la casa de Isabel que se encuentran en el Archivo General de Simancas, podemos decir que unas 100 personas relacionadas con la casa francesa de Isabel salieron de Toledo para Francia en mayo y junio de 1560. Puede ser que regresaran hasta 130 personas, si incluimos a los sirvientes de los oficiales de la casa y a gente que la había acompañado sin tener un puesto definido en la casa. Personas que entran en ambas categorías están incluidas en las cuentas de Isabel porque recibieron alguna merced de la reina y no por formar parte de la casa. Felipe II proveyó 23.500 ducados al contador de la casa de la reina para saldar las deudas de los sirvientes que regresaban y para cubrir el gasto de todas las mercedes. El segundo éxodo de criados

<sup>13</sup> A. González de Amezúa y Mayo, op. cit., I, pp. 151-6. En p. 154 dice que unos 75 oficiales quedaron, y en p. 156 que se nombraron los 93 «de neta raza castellana» (sic.) En p. 157 dice que servían unas 315 personas. Los documentos están en op. cit., III, n.XXI, pp. 120-122 (1560), n.XXXIX, pp. 160-62 (1561), n.CXXXVI pp. 363-66 (1567). De poco nos sirven las listas, también parciales, y sumarios de Cristina Hofmann, *Das Spanische Hofzeremoniell von 1500-1700*, Frankfurt am Main etc., 1985, ya que las casas femeninas que incluye de esta época son o de reinas gobernantes como Isabel la Católica y la emperatriz Isabel, o la de la reina Juana, y no de reinas consortes.

franceses de España ocurrió efectivamente en mayo de 1561 pero fue muy limitado: ocho damas con sus sirvientes y posiblemente algún otro oficial se apuntara a la comitiva. Ya que había ido el conde de Eu, futuro esposo de Ann de Montpensier, a buscarlas con un séquito francés, no fue necesario sacar más gente de la casa de Isabel para acompañarlas<sup>14</sup>.

Las dos ocasiones fueron muy diferentes. Mientras que la segunda (como veremos más tarde) se debió a circunstancias especiales, la primera fue un proceso inevitable y necesario que ocurría en idénticas circunstancias y no sorprendió a nadie. Se despidieron, como era de esperar, el gran número de sirvientes que habían atendido a las necesidades del viaje desde Francia, entre ellos numerosos mozos de caballos, muleteros, guías de literas, etc. Regresaron también muchos oficiales que no se necesitaban en Castilla, como los dos mariscales de logis y seis aposentadores franceses. Ciertos oficios de la casa real francesa no tenían equivalente en la de Borgoña o la de Castilla. Costumbres diferentes en las cortes también explican los tamaños diversos de ciertos sectores, como la cocina y furriera. En algunas cortes era habitual proveer comida, alojamiento y necesidades como leña y cera para la mayor parte de los oficiales mientras que en otras, como la de los Habsburgos hispanos, se trocaban estos derechos por compensación monetaria. Por esto, numerosos oficiales de cocina, cava y lo que en borgoña se llamaba furriera regresaron a Francia. Ante nada, el rey insistió en desalojar de la casa a nobles importantes franceses y aquellos que podían ejercer una influencia mayor sobre la reina para poder dar estos puestos importantes a sus propios súbditos. Cinco capellanes, 3 secretarios, el Caballerizo Mayor y 4 caballerizos y otros títulos emprendieron el camino de Francia en 1560 una vez recibidos sus gajes y recompensas<sup>15</sup>.

El **Cuadro I** ofrece un esquema de la casa regia entre 1560 y 1566. Debemos advertir que a pesar de los grandes esfuerzos empleados no es completo, aunque si confiamos que poco falte para completarlo. Como se dijo anteriormente, la fuente principal que hemos utilizado son cuentas y debemos apreciar que por muy detalladas que son no es lo mismo que manejar una relación descriptiva de la casa. Algunas cuentas —como las que utilizó González de Amezúa y Mayo— aparentan ser completas, pero en realidad dejan fuera a oficiales que se pagaron por separado o por otros contadores. Por ejemplo, la condesa de Ureña sirvió desde 1559 pero no figura en la relación de pagos de la casa de 1560 porque había recibido sus gajes aparte, y lo mismo ocurre con el confesor, los músicos y los lacayos. Otra dificultad habitual de este tipo de material es el hecho que los oficiales regios deformaban los nombres, y no solo los extranjeros, por lo cual no siempre es fácil (o posible) identificar a ciertos individuos. A medida que se hagan más investigaciones será posible corregir la lista que aquí se ofrece y trazar más conexiones entre los oficiales que sirvieron a Isabel, y también entre éstos y los oficiales de las otras casas reales, que es otro tema de suma importancia. Por ahora podemos ofrecer estos datos

<sup>14</sup> Archivo General de Simancas, Casas y Sitios Reales, (de aquí en adelante AGS, CSR) 82, Cargo a Luis Sigoney de 50.823.026 maravedies. El dinero se le dio en 19.000 escudos de oro de a 11 reales cada uno y 3.500 ducados de 375 mrs. y se calculó como 8.418.500 mrs., a los cuales se añadieron otros 412.000 mrs.

<sup>15</sup> AGS CSR 82 s.f. Cuentas de Sigoney detallando pagos a estos sirvientes en 1560 y 1561.

fundamentales: calculamos que el número de oficiales en 1560 debió ser entre 215 y 220 personas casi todas identificables. Un proceso parecido para 1566 nos da una cifra casi exacta: entre 220 y 226. A estos se debe añadir ciertos criados menores que no se nombran y que cobraban por los gajes de sus superiores. Es decir, que en vez de un crecimiento sustancial, como aparentaba anteriormente, lo que resalta de este estudio comparativo es la estabilidad numérica de la casa de Isabel de Valois en España, aunque el personal, como veremos más tarde, cambio en varios sectores.

Las cuentas nos permiten ilustrar el proceso de creación de la nueva casa ya que nos proporcionan en muchos casos una fecha precisa de cuando se comenzaron a pagar los gajes. También aquí debemos tener precaución. En algunos casos esta fecha refleja el día preciso en que los oficiales comenzaron a servirle, pero en otros significa el momento en que se traspasaron sus antiguos oficiales (los que vinieron de Francia) para la nueva casa. Una vez tomadas las debidas precauciones se puede comprobar que el proceso fue paulatino y cauteloso, en parte por las ansias de Felipe II por evitar conflictos con los franceses, y sin duda por no repetir sus experiencias en Inglaterra. Tampoco hay que olvidar que era complicado asentar las cuentas con los sirvientes franceses y organizar su viaje de retorno. Después de morir Isabel, los oficiales hispanos y franceses encargados de hacer el finiquito y abonar el viaje de los pocos criados franceses que estaban en Madrid necesitaron meses para completarlo. Nada menos que desde octubre de 1568 hasta finales de agosto de 1569<sup>16</sup>. Este dato comparativo sugiere que los trámites de 1560 se hicieron con relativa rapidez. Pese a contar con menos tiempo de servicio, había muchos más oficiales para despachar. Otro factor importante que dilató la creación de la nueva casa fue la necesidad de esperar hasta tener la lista de los franceses para completar la nómina. No obstante, una parte significativa de los nuevos oficiales comenzaron a percibir sus gajes en abril y mayo de 1560. Entre ellos podemos señalar a Cristóbal de Oviedo, el nuevo Guardajoyas y Guardarropa de la reina, don Diego de Guzmán, el segundo Maestresala —el tercero, don Alonso de Silva, se incorporó en Agosto— y cuatro Aposentadores. Otros oficiales de menor rango pero imprescindibles, como los relacionados con la panetería y la cocina, también comenzaron a servir en estos meses. Igual sucedió con el nuevo Caballerizo Mayor, don Fadrique de Portugal. El rey le había otorgado el título meses atrás, pero no se le había permitido comenzar a ejercer su oficio por estar aún sirviendo a la reina su Caballerizo Mayor francés. En abril de 1560, don Fadrique se quejó amargamente por esta dilación. Se sentía deshonrado al llevar meses en Toledo sin desempeñar su cargo. La gente había comenzado a hacer comentarios despectivos, dudando de don Fadrique y pensando que había perdido el favor del rey. Estaba avergonzado y frustrado por su exclusión mientras otros —incluido el conde de Alba de Liste— habían comenzado a servir y ocasionalmente desempeñaban las funciones del Caballerizo<sup>17</sup>.

<sup>16</sup> A. González de Amezúa y Mayo, op. cit., II, pp. 538-543.

<sup>17</sup> AGS, E.139, f.70, Don Fadrique de Portugal a Felipe II, Toledo, 22 de abril de 1560.

Esta carta del Caballerizo Mayor nos proporciona un dato muy significativo: el rey no había anunciado aún el estilo que se había de seguir en la casa de la reina. Y don Fadrique le preguntaba si debía servir su oficio al estilo de Borgoña o al de Castilla. Parece ser que hasta junio de 1560 se había seguido el estilo de Francia en la casa de la reina, pero para entonces el rey juzgó que había ya un número suficiente de oficiales como para introducir el nuevo ceremonial y escogió una comida pública para hacerlo. No obstante, para evitar problemas, no se hizo con gran pompa. Es interesante ver cómo los nuevos oficiales hispanos consultaron con los franceses antes de comenzar su servicio, posiblemente para saber las expectativas de la reina y a lo mejor por dudar si al final se adaptarían las ceremonias vigentes para incorporar elementos franceses. Presidió esta primera ceremonia el Mayordomo Mayor, acompañado por el Maestresala y los oficiales ibéricos que estaban ya en la corte. Es probable que la música corriese a cargo de los músicos que Isabel había traído de Francia –todos ellos italianos–, y que las damas que la rodearan fueran solo las denominadas francesas, salvo la condesa de Ureña. De hecho dos de ellas, Anguisciola y Santena eran italianas. Estas primeras ceremonias fueron calificadas por una de las damas francesas –posiblemente Madame Clermont– como más semejantes al estilo de Castilla que al de Francia. Lo más probable era que se hiciesen al estilo de Borgoña, el cual había influido mucho el ceremonial francés. Sin duda se habían mezclado y adaptado estos ceremoniales en la casa castellano-portuguesa que habían mantenido la emperatriz Isabel y la princesa Juana. Ahora bien, la estructura, títulos y gajes de la casa de Isabel seguían el estilo de la casa de Borgoña, salvo en el caso de algún oficio genuinamente castellano<sup>18</sup>. Unos días después de la primera comida pública de la reina, y aprovechando una fiesta en palacio –la boda de una dama de doña Juana– el rey presentó a Isabel a seis damas españolas que había seleccionado para servirla, las cuales se incorporaron a la casa el 5 de junio de 1560. Aquello era el fin del monopolio francés del espacio íntimo de la reina<sup>19</sup>.

En los meses subsiguientes aceleró el proceso formativo, en parte por necesidad ya que habían marchado los franceses. En julio se incorporaron bastantes oficiales nuevos, otros en agosto y en septiembre los pajes hispanos. Entretanto se incorporaban y registraban los sirvientes franceses seleccionados para la nueva casa y que en ningún momento habían dejado de servir. A finales del año el rey nombró un nuevo confesor, fray Francisco Pacheco. Este cargo había preocupado al rey desde el primer momento, ya que se tenían dudas de que la preparación religiosa de Isabel en un país tan contaminado por la herejía como Francia fuese el más adecuado para una reina de España. Se debatió el problema durante varios meses antes de llegar Isabel a España. Felipe II había consultado a su propio confesor, a otros consejeros y a la corte francesa. En un primer momento se había escogido a fray Juan Conseil o Consilii, quien

<sup>18</sup> Más tarde se cambiarían algunos títulos y especialmente los Maestresalas que se convirtieron en Mayordomos y la eschaconería que se nombro cava. Pero estos fueron ajustes pequeños.

<sup>19</sup> AGS, CSR, 82 s.f., Nóminas de Luis Sigoney y Luis de Villa. A. González de Amezúa y Mayo, op. cit., III, n. XX, pp. 106-20, Diario de Madame de Clermont, especialmente p. 118 para las nuevas medidas y personal para el servicio de mesa, y p. 120 la presentación de las damas hispanas.

vino de Francia con Isabel. No debió satisfacer al rey ya que pronto se buscó a otro. En vista de la devoción de la reina por los franciscanos se eligió a fray Francisco Pacheco, conocido por su ascetismo, humildad y vida ejemplar, quien comenzó a ejercer su oficio a principios de 1561 y siguió en su puesto hasta su muerte en abril de 1568<sup>20</sup>.

Los más de doscientos oficiales que hemos podido identificar confirman la impresión de los coetáneos de que el rey había organizado una casa muy nutrida. Debemos tener en cuenta que la reina no necesitaba una guardia propia numerosa, ni una capilla grande, ni su propio servicio de caza, departamentos que más personal requerían en muchas casas nobiliarias. Tanto en palacio como en sus viajes le servían las guardias del rey, y miembros de la capilla castellana se le enviaban para la misa y otros oficios religiosos. El rey organizaba las cacerías que distraían a Isabel tanto en sus viajes como en los palacios cercanos de la corte. Por supuesto, no todos los oficiales le servían a la vez. Como era habitual en la casa del rey, los Maestresalas se turnaban por semanas, y varios otros oficios eran también rotativos<sup>21</sup>. Al comprobar lo que sería la nueva casa de Isabel en junio de 1560, el embajador francés, Limoges, se quejó sin razón de que quedaba un número muy reducido de sirvientes franceses, pero a la vez comentó que los oficiales que se habían despedido eran «inútiles» ya que el nuevo ceremonial a seguir en la casa asignaba a las damas de Isabel tareas que en la casa real francesa se hacían por oficiales masculinos. Este dato es interesante y nos permite comprender por qué el sector femenino de la casa de Isabel era tan amplio. Admitió también Limoges que el rey había nombrado «una multitud infinita de otros hombres y mujeres» y que la nueva casa de Isabel estaba «tan bien guarnecida que no hay dama de la cristiandad que pueda decir que es superior a ella». Consciente del honor que se le hacía, Isabel se recuperó enseñada del disgusto de despedir a sus sirvientes franceses<sup>22</sup>. El embajador florentino informó al duque Cósimo de Médicis que Felipe II había licenciado a los servidores franceses de la reina comentando que «no podía ser de otra manera por infinitas razones», y que le había puesto una casa «de la grandeza e importancia que corresponde a tal reina» — o en su frase italiana, más acertada aún, a «una tanta regina»<sup>23</sup>.

Como era habitual, la nueva casa incluía personal transferido de otras casas regias, y ciertos oficiales tenían asiento en más de una casa. El nuevo secretario —oficio de suma importancia— era Pedro de Hoyo, hombre de gran confianza del rey y escribano real. Hoyo debió estar las más

<sup>20</sup> A. González de Amezúa y Mayo, op. cit., I, pp. 297-9.

<sup>21</sup> M. J. Rodríguez Salgado, op. cit., «Honour and profit», pp. 68-9 sobre la residencia de oficiales en la casa del rey.

<sup>22</sup> A. González de Amezúa y Mayo, op. cit., I, p.154, nota 18, Limoges a Catalina, Toledo 7 de junio de 1560: «... le peu qu'elle en a retenu, qui est touteffois suffisant pour servir la dicte Dame, avec une multitude infinie d'autres hommes et femmes que le Roy Catholique lui a donnés, estant á la verité sa Maison dressée si grandement, qu'il n'y a dame en la chrestienté qui se puisse vanter d'estre mieus, don't elle se content fort... la pluspart de gentilshommes qui s'en vont estoient inutiles, pour estre la Roynne vostre fille serue en sa table et quasi par-tout ailleurs de ses dames et filles, suivant la coustume du pais».

<sup>23</sup> ASF, MP, Sp, 4894 ff.57-8, Obispo D'Arezzo a Cósimo, Toledo 28 de junio de 1560.

de las veces al lado del rey, ya que ejercía un papel clave en las múltiples obras de Felipe II y en otros negocios de estado. Como hemos visto, el contralor, Sigoney, ejercía otro oficio en la casa del rey. Otro ejemplo ilustrativo es el del maestro de danza que también servía en este oficio en la casa del príncipe don Carlos. De esta forma se creaban lazos estrechos entre las diversas casas regias, reforzando las conexiones familiares. Era habitual privilegiar a miembros de las familias que servían en la corte a la hora de escoger a las damas y dueñas de la reina, con tal de que fueran miembros de linajes principales, algo que podemos comprobar también en la otra importante casa femenina, la de la princesa Juana, que había actuado como sustituta de la casa de la reina por lo menos desde 1554. Así, se nombraron damas a dos hijas de la Camarera Mayor, a dos de la Guarda Mayor y a dos de la Guarda Menor. Se admitió también en este oficio a las hijas de dos Maestresalas, doña Magdalena de Guzmán y doña Juana de Aragón. Otras damas eran hijas de oficiales de la casa del rey, como doña Ana Félix de Guzmán, hija del conde de Olivares, cuyo hijo Don Félix fue admitido como paje. Una hija de don Hernando de Rojas, Mayordomo en las casas del príncipe Carlos y del rey, entró en la casa de la reina en 1567, al tiempo que su viuda entraba al servicio de la princesa Juana. Doña Leonor de Pacheco y Toledo era hija del marques de Cerralbo, quien había servido al rey en varios cargos políticos y diplomáticos por aquellos años<sup>24</sup>. Pero ningún linaje podía competir con la casa de Toledo en este momento. El conde de Alba de Liste, Mayordomo Mayor de la reina, estaba casado con la hermana del III duque de Alba, quien servía de Mayordomo Mayor de la casa del rey. La duquesa de Alba, como veremos más tarde, llegó a ser Camarera Mayor de la reina y otros miembros de la familia, incluso el hermano e hijo ilegítimo del duque, estaban sirviendo en la casa del rey. Ya este aspecto merecería un estudio aparte.

## 2. Isabel de Francia, Reina de Castilla

Así se describió la propia reina en su testamento en 1566<sup>25</sup>. La tensión entre estos dos espacios políticos que debía no solo conciliar, sino unificar, en su persona y en su casa, marcó la vida de la reina a partir de 1560. Se vio presionada constantemente por dos tendencias afectivas potentes que encarnaban grupos competitivos con costumbres muy diferentes. Los problemas hubieran sido difíciles para cualquiera, pero resultaron insuperables para ella. Sus relaciones con las damas hispanas fueron problemáticas desde el principio. Como es natural, prefería rodearse de sus damas y amigas francesas e italianas y esto provocaba celos y tensiones con las

<sup>24</sup> AGS CSR 82 s.f. Cuentas de Sigoney. La entrada múltiple de la familia de don Hernando ocurrió después de su inesperada muerte, como comentó el embajador portugués en Madrid, Francisco Pereira. Archivo Nacional da Torre do Tombo, Consello Geral do Santo Oficio (de aquí en adelante, ANTT, CGSO), libro 210, ff.88r-89r, Pereira a Catalina, Madrid 9 de agosto de 1567. Pereira dice que fue Doña Leonor la que entró en el servicio de la reina, pero ésta alude a doña Isabel de Chacón, hija de don Hernando en su codicilo. Agradezco a Fernando Bouza su consejo de consultar esta fuente. A. González de Amezúa y Mayo, op. cit., I, pp. 313-4, da detalles de doña Leonor, muy privada de la reina y que después de morir Isabel decidió meterse monja.

<sup>25</sup> A. González de Amezúa y Mayo, op. cit., III, n.CXXXIII p. 348, Testamento de Isabel, 27 de junio de 1566: 'Yo, doña Isabel de Francia, Reyna de Castilla'.

españolas. Ahora bien, los problemas más acuciantes al principio surgieron del bando privilegiado lo cual indicaba que existían problemas estructurales y personales. En poco tiempo la casa de la reina cogió fama de ser un entorno conflictivo. Muy problemática resultó la presencia de la prima de la reina, la Montpensier. Por ser de sangre real daba lustre a la casa, pero también contribuyó mucho a su inestabilidad. Al poco tiempo de estar en Toledo se quejaba del tratamiento que recibía del Mayordomo Mayor, a quien acusó de faltarle el respeto. Su madre protestó ante el rey, quien tuvo que investigar e involucrar en el asunto a la reina. En septiembre de 1560, Isabel escribió a su madre defendiendo a su Mayordomo Mayor y explicando que la Montpensier había exagerado. Al poco tiempo ésta volvió a quejarse, esta vez de Madame Clermont, por entonces la dama favorita de la reina, acusándola de monopolizar la atención y las mercedes de Isabel, y dando a entender que la reina no le mostraba el favor y liberalidad que merecían su rango y sus servicios. Isabel defendió a Clermont, la cual a duras penas mantenía su posición privilegiada. La competencia de Madame Vineux por el favor de la reina y por controlar a las damas jóvenes suscitó gran tensión entre las dos francesas más mayores y dominantes de la casa y agrió aún más el ambiente. Por tratarse del grupo francés parece ser que no hacían caso a la condesa de Ureña, y por ser el sector femenino era poca la autoridad del Mayordomo Mayor. El aluvión de quejas que llegaban a Francia acabó provocando la intervención de Catalina de Médicis. Riñó al embajador francés y a su hija por dejar que la situación llegase a tales términos. Se daba cuenta de que la tensión entre las damas era síntoma de un mal más generalizado debido a la falta de carácter de su hija. Isabel había manifestado de muy joven ciertas tendencias poco atrayentes. Era indolente y no imponía su autoridad. A la menor enfermedad se retiraba a la cama y llevaba una vida desordenada. No tenía hora fija para levantarse o acostarse y comía cuando quería y no, como los médicos le aconsejaban, a horas determinadas. Esto era considerado dañino para su salud y confirmaba la falta de orden y disciplina en la casa real, algo que socavaba la reputación y autoridad de la reina<sup>26</sup>.

Al rey le preocupaba todo esto y aún más las quejas de las damas castellanas quienes también clamaban por que defendiese su honra. El embajador francés admitió ante Catalina de Médicis que la condesa de Ureña no podía hacer su oficio de Camarera Mayor como debía porque Madame Clermont asumía el mando de las mujeres francesas y determinaba la rutina de la reina. Se llamaba a Ureña y a las damas española sólo cuando no podían dejarlas fuera por cuestión de protocolo. Si la reina no rectificaba su comportamiento dañaría las relaciones del rey con la aristocracia hispana. Para mayor abundamiento, Isabel no se estaba adaptando a las costumbres de la corte española. Limoges admitió que el rey y sus ministros tenían razones para estar preocupados por ello y pedir que la situación se rectificase. Tal fue la preocupación e incomodidad de Felipe II que envió a don Antonio de Toledo a París para hablar en secreto con

<sup>26</sup> A. González de Amezúa y Mayo, op. cit., I, pp. 164-176 da detalles de su vida; p. 214, nota 85 cita la carta de Limoges a Catalina de Médicis del 20 de marzo de 1561. Ibid., III, n.11, pp. 20-21 Isabel a su madre, septiembre de 1560, defendiendo al conde de Alba de Liste de las críticas de Montpensier; Ibid., III, n.17, n.25 y n.18, p. 26 Isabel a su madre, marzo de 1561, defendiendo a Clermont.

Catalina de Médicis sobre ello. El rey había llegado a la conclusión de que tenía que reducir el número de damas francesas y sacar de la corte a Madame Clermont. Es probable que le preocupase el hecho de que ésta se prestaba a facilitar contactos entre los embajadores —como los de Ferrara y Florencia— y la reina. Ambos duques estaban emparentados con la familia real francesa, por lo cual se les mostraba más favor por parte de los franceses en Madrid. Pidió el rey a Catalina que le ayudase a reformar la casa de su consorte y que utilizara su autoridad con Isabel para que ésta moderase su comportamiento. El resultado de estas consultas secretas fue una reforma sustancial del entorno íntimo de la reina. Se aceleró el matrimonio de la Montpensier en Francia y se aprovechó el viaje para sacar otras damas de España. Se anunció que también Noyant, Ann Dais (Guitinières), Françoise de Montal, Guilberte de Chavannes (Curton) y las hermanas Philippine y Marie de Fumel tenían matrimonios concertados en Francia y salieron todas ellas de Toledo, en mayo 1561, con Madaleine de Remefort, guarda de damas francesas, la moza de cámara Catherine Chabaud y Clermont<sup>27</sup>. Aunque temían lo contrario, Isabel aceptó los hechos sin rechistar, y aparte de la escena lúgubre de su despedida, no manifestó gran pesadumbre. La dominaba por entonces Madame de Vineux, a quien se dio el título de Camarera Menor, integrándola así dentro de la estructura de la casa y fijando su posición como criada bajo el mando de la condesa de Ureña.

Como podemos comprobar por el **Cuadro I**, el número de mujeres que servían a la reina—entre damas, dueñas, mozas etc.— no cambió apenas. El grupo abarcaba a unas 45-50 criadas. Lo que sí cambió radicalmente a partir del verano de 1561 fue la presencia y el peso del sector francés, que había sido casi igual al sector hispano hasta este momento. En 1560 las «francesas» tenían dos cargos principales, 17 damas y 5 mozas de cámara. Las «españolas» dos cargos principales, 4 dueñas, 10 damas y 7 mozas de cámara y las dos o tres de retrete. En 1566 quedaban ocho damas «francesas» y parece ser que tres mozas de cámara. Después de morir o salir Madame Vineux, no les quedó ningún cargo principal. Al morir la reina sólo quedaban seis damas y dos o tres camaristas. El resto del sector femenino era hispano.

Pese a la reducción tan significativa de las francesas, Madame Vineux admitió meses más tarde ante Catalina de Médicis que la casa necesitaba más orden y disciplina y manifestó su determinación de imponerla por lo menos en el sector francés. Al poco tiempo confesó que no estaba resultando fácil. «Cuando el espíritu es débil —comento frustrada pero discreta, en febrero de 1562— ¿qué se puede esperar del cuerpo?»<sup>28</sup> Limoges confirmó que Isabel seguía sin adoptar responsabilidades ni ejercer autoridad en su casa. De seguir así, se lamentaron, jamás llegaría a controlar la situación y no sería servida con el honor y acato debidos. Presionada por ellos y por su madre, Isabel prometió intentar corregirse, pero no hubo señas

<sup>27</sup> González de Amezúa y Mayo, op. cit. I, p. 166, pp. 169-176; Poco después Isabel facilitó la salida de Clermont, *Ibid.*, III, n.19, p. 27, Isabel a Limoges, Marzo 1561; n.23 p.29, Toledo 6-13 de mayo de 1561. El finiquito de los gajes de estas damas en AGS CSR 82 s.f. 'Cargo' de Sigoney de 1560 y 1561.

<sup>28</sup> A. González de Amezúa y Mayo, op. cit., III, n.XLIII, p. 168, Vineux a Catalina de Médicis, Madrid, 30 de septiembre [1561]. *Ibid.*, n.XLVIII, pp. 182-3, Vineux a Catalina de Médicis, Madrid, 15 de febrero [1562].

de mejoría. Sin embargo cuando murió una de sus damas francesas, Luise Doucières (conocida como Gironville), Isabel nombró a una hija de Vineux en su lugar. Aunque parezca una inaudita manifestación de su capacidad de acción cuando quería algo, es en efecto una prueba contundente de la influencia de Madame de Vineux<sup>29</sup>.

Ahora bien, no todos los problemas de la casa provenían del sector femenino francés. La situación de las damas hispanas mejoró notablemente al salir Clermont y las otras damas francesas, pero ello no había bastado para apaciguar la casa de la reina como podemos comprobar por la correspondencia del embajador portugués, Francisco Pereira. Pereira era tío de Ruy Gómez de Silva, uno de los ministros más potentes en la corte de Felipe II y más próximos al rey. También tenía una relación muy estrecha con la princesa Juana. A mediados de 1563 recibió orden de la reina viuda de Portugal, Catalina de Habsburgo, de hacer lo posible para meter a una sobrina del embajador de Felipe II en Lisboa —don Alonso de Tovar— en la casa de Isabel. Después de consultarlo con sus amigos en la casa de Juana y con Ruy Gómez de Silva se enteró de que no sería posible. Le dijeron en el mayor secreto que el rey estaba muy descontento con el comportamiento de dos damas de la casa de Guzmán, una de ellas Magdalena, hija del Maestresala López de Guzmán, y que pensaba que las mujeres de esta «casta» no reunían las calidades necesarias para servir a la reina. Se decía que el rey buscaba la forma de hacer salir a las dos que ya estaban dentro. El embajador rogó a la reina Catalina que no diese a conocer esta información secreta<sup>30</sup>. De ser cierto, el rey no consiguió su propósito, ya que ambas damas continuaron en su oficio. Doña Magdalena figura un año más tarde en otra carta íntima escrita por Magdalena de Bobadilla, dama de la princesa Juana. Bobadilla relata con cierto desdén la polvareda que habían provocado los comentarios despectivos que doña Leonor de Toledo había hecho sobre del duque de Nájera. Éste estaba enamorado de doña Leonor y ella no compartía sus sentimientos. Sus palabras «ha[n] costado grandes desmayos y lagrimas a las Girones», comentaba Bobadilla. A lo mejor no eran los comentarios sino los amoríos del duque los que provocaban tal llanto, ya que posteriormente Nájera se casaría con una de estas desconsoladas «Girones», es decir, con doña Maria, hija de la condesa de Ureña. Magdalena de Guzmán se metió por medio, acusando a doña Leonor de no tener corazón. Demasiado corazón y genio debía tener ella, pues en ese momento (por lo que nos dice Bobadilla) doña Magdalena y el príncipe de Asculi traían «grandes trabacuentas». Desafortunadamente, nuestra correspondencia opinaba que «las circunstancias no son para escriptas», discreción que debemos lamentar. Es posible, pues, que doña Magdalena estuviera en malos términos con dona Eufrasia de Guzmán, dama de la princesa Juana, con quien Asculi se casaría unos días más tarde<sup>31</sup>.

<sup>29</sup> A. González de Amezúa y Mayo, op. cit., II, p. 47.

<sup>30</sup> ANTT, SO, Libro 105, ff. 60r-61r, Pereira a Catalina, Madrid 21 de junio de 1563.

<sup>31</sup> R. Foulche-Delbosc, 'Correspondencia de doña Magdalena de Bobadilla', *Revue Hispanique*, 8 (1901), pp. 1-50, n.40, p. 31, Bobadilla a Diego Hurtado de Mendoza s.d. El matrimonio de doña Eufrasia con Asculi y los alegatos de que había sido amante de Felipe II en A. González de Amezúa y Mayo, op. cit., I, pp. 408-16. Matrimonio Nájera-María Girón en A. Danvila y Burgueño, *Don Cristobal de Moura*, Madrid, 1900, pp. 415-7.

Era imposible evitar este tipo de rencillas y competencias, pero sin la mano firme de la reina o de un oficial con autoridad suficiente para imponer orden, y estando más desocupadas de lo que debían estar las damas hispanas, el impacto de estos conflictos en la casa de Isabel fue mayor. Pasarían varios años antes de que se observase en ella una fuerte inclinación hacia alguna dama hispana y más aún antes de que adaptase a su nuevo entorno. Los problemas en la casa de Isabel y la necesidad de adiestrarla explican el por qué Felipe II dio orden al duque de Alba, su propio Mayordomo Mayor y miembro principal del gobierno, de coger las riendas de la casa al morir de una hemorragia el conde de Alba de Liste el 12 febrero 1562. Su muerte daba al rey una nueva oportunidad para poner en orden la casa, y así se lo ordenó al duque de Alba. Éste organizó dos reuniones en las que participaron Isabel y el embajador francés, Limoges, donde se debatieron los problemas que seguían afectando adversamente a la casa y las medidas que se debían tomar para reformarla con vistas de asentarla mejor para el futuro. Entretanto, Felipe II pensaría en quien elegir para el cargo principal de la casa de la reina<sup>32</sup>. Como era de esperar, los franceses quisieron influir en el nombramiento. Isabel inmediatamente manifestó su deseo de que dieran el oficio a don Antonio de Toledo, por entonces uno de los consejeros más próximos al rey. Es imposible decir si esta propuesta salía de ella misma, del embajador francés o de Catalina de Médicis, pero las razones que adujo la reina para solicitar su nombramiento eran sólidas. Don Antonio tenía un carácter agradable y una gran privanza con Felipe II, por lo cual su nombramiento supondría acercar a la reina aún más a su marido y aumentar su autoridad a ojos del mundo. No pasaría desapercibido un gesto como éste, viendo que el rey se privaba de un consejero y compañero al que amaba y respetaba por verla a ella mejor servida. Su importante linaje y sus conexiones con el duque de Alba eran otros dos elementos a su favor<sup>33</sup>.

No está claro por qué el rey se opuso a ello. Su propia dependencia de don Antonio pudo hacerle desistir de este nombramiento. Era su Caballerizo Mayor y una persona que tenía constantemente a su lado y con quien se aconsejaba. Cuando le envió a Francia, en septiembre 1560, el rey añadió de su propia mano en la instrucción un párrafo significativo: «en todo usareis de diligencia para bolveros con ella, por la falta que haze y hara aca vuestra persona.»<sup>34</sup> Recientemente, se ha explicado la decisión del rey haciendo referencia a las facciones que entonces había en la corte. Se ha dicho que la influencia de Alba había disminuido, por lo cual no pudo imponer su candidato, mientras que la de su rival, Ruy Gómez de Silva, príncipe de Éboli, había ganado terreno de tal manera que fue él quién consiguió colocar a su propio can-

<sup>32</sup> Muerte del conde en A. González de Amezúa y Mayo, op. cit., II, p. 44 y III, n.XLVIII, pp. 182-3 Vineux a Catalina de Médicis, Madrid, 15 de febrero de 1562; Ibid, III, n.29, pp. 34-5, Isabel a Catalina s.d. La misión y el comportamiento del duque de Alba en Ibid., II, p. 45, nota 112 donde cita la carta de Limoges a Catalina, Madrid, 25 de febrero de 1562.

<sup>33</sup> A. González de Amezúa y Mayo, op. cit., III, n.LI, p. 189, Limoges a Catalina de Médicis, c. febrero de 1562. En Septiembre 1560 Isabel le había dicho a Catalina que don Antonio era una persona muy amada del rey, «et à qui je suis fort tenue», Ibid., III n.11, p. 20.

<sup>34</sup> A. González de Amezúa y Mayo, op. cit. III, n.XXIV p. 133. Instrucciones, Toledo 2 de septiembre de 1560.

didato, don Juan Manrique de Lara. No es este el lugar apropiado para debatir la cuestión de la relativa fuerza de Alba y de Éboli, ni tampoco de si don Antonio y Manrique de Lara se deben considerar como candidatos de partidos contrarios o como individuos con sus propios *cursus honorum* y valores<sup>35</sup>. Lo que importa es saber que el rey jamás se dejó influir en una decisión de esta envergadura por el mero capricho o por el deseo de un valido. La razón por la cual escogió a don Juan Manrique de Lara se debe buscar principalmente en las virtudes y ventajas del propio don Juan. Era un hombre de gran experiencia política y militar y muy próximo al rey. Se le consideraba como uno de los consejeros regios más importantes. Era Clavero de la Orden de Calatrava, Mayordomo del rey, consejero de estado y Capitán General de Artillería. No era en nada inferior a don Antonio, sino posiblemente en su grado de intimidad con el rey, algo que se ve compensado por el hecho de que sus opiniones políticas tenían más peso. Tampoco en carácter le ganaba el uno al otro. Don Juan era una persona bien querida y fiable. Ambos hombres habían llevado a cabo una misión delicada en Francia. La de don Juan fue a principios de 1561, para apoyar la candidatura de Catalina de Médicis a la regencia y excluir al duque de Vendome<sup>36</sup>. El favor del rey se manifestó nuevamente en julio 1561 cuando Manrique de Lara contrajo matrimonio con una de las damas de la princesa Juana, doña Ana Fajardo. La boda se celebró en palacio y Felipe II les honró de forma extraordinaria haciendo que Manrique de Lara comiese con él, a su mano derecha, y dando orden de que el príncipe Carlos y don Juan de Austria bailasen con la esposa y la acompañasen a su casa, donde se quedaron a comer. A lo mejor este dato tiene más importancia de lo que pensamos. Don Juan estaba casado con una dama de palacio, quien de ahora en adelante aparecería con frecuencia al lado de la reina. Sus cartas más íntimas dan la impresión de ser un hombre afable, cariñoso con su familia, y muy culto<sup>37</sup>. Su elección no provocó sorpresa ni quejas por ninguna parte. Reunía todas las cualidades que Isabel podía pedir en un Mayordomo Mayor. Tomó posesión del oficio en agosto de 1562 y seguía ejerciéndolo al morir la reina.

A pesar de estas medidas no parece que se consiguiese avanzar notablemente en el urgente proceso de adaptación de Isabel al idioma y costumbres de Castilla. Era de suponer que su juventud debía facilitarlo, pero por un comentario de la princesa Juana en 1565 podemos comprobar que no fue así. Isabel avanzaba lenta y parcialmente. Juana fue la persona más próxima a Isabel aparte de sus damas. Se reunía con la reina casi todos los días y siempre demostró gran afecto hacia ella. Durante la gravísima enfermedad de Isabel en 1564 se desveló por atenderla, quedando con ella día y noche y arriesgando su propia salud. No obstante, en mayo 1565,

<sup>35</sup> Es un debate que analizare en un próximo libro, *The Greatest Prince in Christendom*.

<sup>36</sup> A. González de Amezúa y Mayo, op. cit., III, n.XXVIII, p. 143ff., Instrucciones de Madrid, 4 de enero de 1561.

<sup>37</sup> Archivio di Stato di Mantova, Archivio Gonzaga (de aquí en adelante, ASMn, AG,) XIV, b.591, el embajador Negri al duque de Mantua, 3 de agosto de 1561 con detalles de la boda y el favor real, 'cosa insolita molto'. El nacimiento de su primer hijo en ASF, MP, Sp, 4894, ff. 616-8, Obispo d'Arezzo al duque Cósimo de Médicis, Madrid 7 de noviembre de 1562. Los comentarios de don Juan sobre su familia se encuentran en la carta que escribió al secretario Eraso de Bayona en junio de 1565 publicada por A. González de Amezúa y Mayo, op. cit., III, n.CXXV p. 336.

hablando con el embajador portugués, Francisco Pereira, Juana criticó abiertamente a Isabel. Comentó que las costumbres de la casa real francesa no sólo eran diferentes a las de Castilla y Portugal, sino que se podía decir que eran totalmente contrarias. Esto se había podido comprobar en el caso de la reina. Pese a los esfuerzos continuos de Felipe II, desde 1560, no habían conseguido aún que Isabel y sus oficiales franceses se adaptasen a las costumbres ibéricas<sup>38</sup>.

Este testimonio y nuestro argumento parecen contradecir el conocido comentario de Catalina de Médicis durante las fiestas de Bayona de 1565, que ha sido muy citado e interpretado como prueba de la transformación de Isabel de Valois en una reina española. Hablando con su hija, Catalina exclamó: «muy española venís». Pero Catalina no se refería a las costumbres de su hija ni a la moda, aunque es cierto que Isabel tuvo la delicadeza de vestirse a la española en algunas ocasiones durante las fiestas para impresionar a sus compatriotas con el buen gusto y lujo de su reino. Lo que Catalina identificaba con España era algo muy concreto: la postura político-religiosa que Isabel había expresado respecto a la situación en Francia. Isabel había apoyado la política de alianza abierta con el bando católico que se había propuesto más de una vez por parte de Felipe II y que, naturalmente, compartía también un sector muy importante dentro de la propia Francia, por lo cual era injusto asociarla exclusivamente con el rey o con España. Vale la pena añadir la respuesta un tanto equívoca de Isabel: «Sí lo estoy, porque tengo la razón para ello; pero soy la misma hija vuestra que cuando me enviasteis a España». Mientras que admitía la deuda que tenía ya con España, Isabel se sentía fundamentalmente francesa y antes que nada hija de Catalina y del rey de Francia, y así se le percibía en la corte de Felipe II. Seguía aferrada a las costumbres francesas y comprometida con la política de su madre en todo menos en sus pactos con los protestantes. Después de esta reunión de Bayona, como notó con satisfacción el embajador francés, Fourquevaux, Isabel regresó a España más francesa que nunca. Hablando con él, en noviembre de 1565, Isabel había comentado que debido a su edad y al mucho tiempo que había estado fuera de Francia durante los últimos años se había olvidado de muchas cosas y alejado bastante de su país natal, pero que «la entrevista de Bayona, donde se le hizo tanto honor y placer, había reavivado y reforzado esta pasión dentro de su corazón y en sus entrañas... y para el resto de su vida no olvidará ni faltará en nada de lo que se necesite para el servicio de su sangre». Es posible que un lenguaje tan emotivo surgiese del embajador y no de la reina, pero no cabe dudar del impacto de la reunión<sup>39</sup>. Como

<sup>38</sup> ANTT, SO, libro 105, ff.198r-v, Pereira a Catalina, Ocaña, 13 de mayo de 1565: «pella grande defencia dos costumes de q[ue] se tinha vto\ experiencia en seu irmao\ que os nao\ podia reduzir a os desta terra». Debemos tener en cuenta que Juana era una mujer discreta y normalmente muy controlada, por lo cual verla bajar la guardia de esta forma era algo inusitado. Se explica en parte por la situación: rechazar la propuesta de matrimonio de su hijo Sebastián con Margot, la hermana menor de Isabel.

<sup>39</sup> A. González de Amezúa y Mayo, op. cit., II, p. 241 cita los comentarios de Catalina e Isabel en su capítulo sobre Bayona; C. Douais, *Dépêches de M. De Fourquevaux, ambassadeur du Roi Charles IX en Espagne, 1565-1572*, 2 vols., vol. 1 1565-1568, Paris, 1896, n.4, p. 5, Fourquevaux a Catalina de Médicis, Madrid 3 de noviembre de 1565: «l'entreveue de Bayonne, où elle a receuz honneurs et contentementz infiniz l'a rechaufée et reconfirmée en son cuer et entrailles aultant ferventement comme Vos Majestez luy scauroient dezirer. De sorte qu'elle n'est pour oublier ni obmettre en sa vie rien de ce qui concernera le bien et service de son sang».

veremos en la segunda parte de este estudio, las repercusiones políticas de esta fuerte identificación de Isabel con su linaje y patria fueron importantes. Es más difícil calcular lo que pudo suponer para su proceso, ya lento y parcial, de adaptación a las costumbres de la corte hispana, pero lo más probable es que lo hiciera aun más difícil. En febrero de 1568, Isabel seguía siendo incapaz de tomarle el pulso a su entorno. En plena crisis motivada por la prisión de don Carlos, cuando se habían cancelado las fiestas en la corte, se hizo una excepción por la boda de una dama aunque se moderaron y recortaron los festejos. La reina, sin embargo, se presentó vestida «de cor», o sea tan vistosa y lujosa como en otras bodas, lo cual escandalizó a muchos, y parece ser que alguien se quejó al rey. Se llegó a rumorear que Felipe II la había reprendido. Fuese o no por intervención del rey, por la tarde la reina se presentó al resto de las ceremonias vestida «de preto»<sup>40</sup>.

La reunión de Bayona parece indicar que las rencillas entre las damas de la reina continuaron siendo serias. No está claro si fue el rey o la propia reina quién prohibió que las damas españolas acompañasen a Isabel. Se ha dicho que fue Felipe II, sin embargo el embajador imperial, Dietrichstein, culpó a la reina, y explicó su decisión por el hecho de que no quería tener que hacer de árbitro entre dos grupos cuyas costumbres eran tan diferentes. No se podía excluir a la condesa de Ureña, por su oficio, y esta consiguió que dejasen ir también a su hija, la dama doña Magdalena de Girón, quien hizo estragos entre los nobles franceses, pero el resto quedaron recluidas en la corte. Su exclusión provocó grandes llantos y quejas<sup>41</sup>. Ahora bien, cabe la posibilidad de que el rey diera esta orden o la confirmase por otras razones. Evitaría problemas y competencias entre las damas hispanas de la reina y el séquito aristocrático femenino español que se reunió para acompañar a la reina en esta ocasión tan importante. Si hemos de creer al embajador portugués, Felipe II no comenzó a organizar este aspecto del viaje hasta finales de marzo, cuando ya se sabía que los reyes franceses se presentarían con muchos nobles principales, y por ello tuvo que hacer con prisa lo que debía haber hecho con calma. De nuevo recurrió a las familias de Infantado y Ureña. Envío a Ruy Gómez a negociar con la marquesa viuda de Cenete para que acompañase a la reina. También fue en esta ocasión la condesa de Módice, siendo así compensadas por haberse tenido que perder las bodas reales por cuestiones de competencia con la Montpensier. La marquesa, como dijo su hijo, quien también formó parte del séquito, «salio de su Rincon para acompañamy[ent]o y seruy[ci]o de la Reyna». El futuro duque de Infantado había estado presente también para el recibimiento de Isabel y en su

<sup>40</sup> ANTT, CGSO, libro 210, ff. 154v-155v, Pereira a Sebastián, Madrid 25 de febrero de 1568.

<sup>41</sup> F. Edelmayr (ed.) con A. Strohmeyer, *Die Korrespondenz der Kaiser mit ihren Gesandten in Spanien. Band I. Briefwechsel 1563-1565*. Munich, 1997, n. 83, pp. 350-1. Dietrichstein a Maximiliano II, Madrid 16 de marzo de 1565: «Die spayschen jungfrauen beleiben alle hie, und ausser der obristen chamerin tochter seut khaine mit, allain was die frantzösichen junfrauen sein, damit die khunigin nit so vill plunders mitfuern derf, und wie man darfur helt, diser swaier natzionen unterschidlich brauch und wesen zwischen den jungfrauen khainen unwillen oder zeritikhait nit verursach.» Las lágrimas que derramaron fueron comentadas por otros embajadores como el de Florencia, ASF, MP, 4897, ff. 86-7, Garcés al príncipe de Florencia, Madrid 12 de marzo de 1565. A. González de Amezúa y Mayo, op. cit. II, p. 201; doña Magdalena pp. 255-6.

boda. Don Pedro Fajardo fue a negociar de parte del rey con sus parientes políticos, los duques de Osuna, hijo y nuera de la condesa de Ureña, para que fuesen también. Debemos señalar la incorporación en el séquito de Doña Elvira Carrillo, quien serviría en la casa de las Infantas a partir de 1566. Doña Ana Fajardo, pese a estar embarazada, insistió en acompañar a su esposo, don Juan Manrique de Lara<sup>42</sup>. Es significativo el hecho de que no resultase ningún cambio notable de la casa de Isabel a raíz de esta reunión, ya que ofreció una oportunidad muy buena para hacer un relevo de los oficiales franceses. Es probable que la alteración más notable en la casa durante esta época fuese provocada por el asedio de la isla de Malta. Ciertos caballeros de la corte, entre ellos don Juan de Austria y don Diego de Guzmán, uno de los Mayordomos de Isabel, marcharon sin licencia para ir a luchar contra los turcos. El rey consiguió impedirles la fuga y, tras perdonar a su hermano, es probable que también perdonase al resto<sup>43</sup>.

### 3. Un entorno inestable

La casa de Isabel continuo experimentando cambios sustanciales en lo que queda de su breve reinado, y cabe preguntarnos si la inestabilidad fue un factor más significativo en las casas regias femeninas que en las masculinas, explicando esto la profundidad de su disgusto al perder sus sirvientas más antiguas, y la soledad que parece abatir a tantas princesas de la época. Naturalmente, la muerte no discriminaba entre damas y gentilhombres, pero sí el matrimonio, ya que los hombres podían seguir sirviendo después de casarse mientras que las damas solían dejar su oficio. En 1566 fue la muerte de la condesa de Ureña el acontecimiento de más trascendencia para la casa de Isabel. Ocurrió en Abril y de nuevo el rey tardó meses en escoger a su sucesora, pese a que estaba bajo intensa presión para realizar un nombramiento rápido. La reina estaba embarazada y debía partir a Segovia. Estando muy próxima ya la fecha de salida, Felipe II nombró a Doña María Enríquez de Guzmán, duquesa de Alba, para servir de interina durante los meses que restaban de la preñez de la reina. Era una muestra más de su confianza en el III duque de Alba y su familia, especialmente porque el oficio de Camarera Mayor se solía dar a viudas. La duquesa sirvió durante junio y julio, pero en agosto, o en parte de ese mes, estuvo ausente y sirvió en el puesto doña Ana Fajardo, la mujer de Manrique de Lara. El servicio de doña Ana mereció grandes elogios de la reina y del embajador francés pero la de Alba continuó de interina, aunque se rumoreaba que el rey estaba evaluando a otras señoras, entre ellas la duquesa de Medinasidonia. El comportamiento de la duquesa de Alba había sido ejemplar y su alto linaje le favorecía. No obstante, cuando se anunció en febrero de 1567 que se le concedía el oficio, Fourquevaux atribuyó su nombramiento a la presión e influencia del duque de Alba.

<sup>42</sup> ANTT, SO, libro 105, ff.181v-182r, Pereina a Catalina de Habsburgo, Madrid 23 de marzo de 1565. La cita es del Archivo Histórico Nacional, sección de Osuna, 1976-25(5) copia rasgada de una carta del duque de Infantado a Felipe II, octubre de 1573. A. González de Amezúa y Mayo, op. cit., II, pp. 214-5 nombra a los principales; op. cit., III n.CXXV p. 336 Juan Manrique de Lara a Eraso, Bayona, junio de 1565, contándole como Catalina de Médicis insistió en conocer a su esposa, doña Ana.

<sup>43</sup> L. Cabrera de Córdoba, *Historia de Felipe II, rey de España*, 3 vols., Junta de Castilla y León, 1998, I, pp. 314-5.

Meses más tarde, defendía el comportamiento de la duquesa frente a posibles críticas, insistiendo en que su forma de servir a la reina, siempre con gran respeto y moderación, había creado un modelo excelente que otras damas comenzaban a emular<sup>44</sup>. Parece que al fin se comenzaba a dar orden en la casa e imponer un modelo de comportamiento más formal y más adecuado a la posición tan elevada de Isabel. No deja de sorprender que hubiese tardado tanto tiempo en lograrse.

El nacimiento de la infanta Isabel Clara Eugenia, en 1566, y el de su hermana Catalina Micaela, un año más tarde, afectó poco a la estructura y composición de la casa de la reina. Como era habitual, se estableció una pequeña «casa» o séquito para atender a las niñas dentro de la propia casa de la reina. Existía una estrecha unión del espacio físico y personal entre ellas. Se nombró en 1566 a don Alonso de la Cueva como Mayordomo Mayor de la Infanta y a doña Elvira Carrillo como Aya, con doña Brianda de Villacorta de dueña y doña Leonor de Vibanco para asistirles. Seis otros sirvientes atendían a las necesidades de las infantas. La mayor parte, menos las nodrizas, ya provenían de la casa de la reina, como se puede comprobar en el cuadro I. El año 1568 trajo cambios importantes en un sector vital de la casa: la capilla. En abril moría el confesor, fray Francisco Pacheco. Fray Diego de Chaves, un dominico a quien Felipe II había confiado la conciencia y el alma del príncipe don Carlos, asumió el cargo<sup>45</sup>. Con Chaves se restablecía el dominio de los dominicos en el ámbito de la conciencia regia. Por entonces estaba ausente el limosnero y antiguo maestro de la reina, Claude Subletz, quien había partido a Francia por negocios. El embajador de Felipe II en Francia, Francés de Álava, lo vio como una gran oportunidad para sacarlo de España. Estaba convencido de que Subletz servía de espía de Catalina de Médicis y durante mucho tiempo había advertido al rey de que ejercía una influencia nociva sobre Isabel. El rey debió convencerse de ello, ya que se presionó a Catalina de Médicis para que retuviese a Subletz en Francia. El limosnero no conseguiría regresar a España, por lo cual, al morir, la reina se vio sin los dos individuos que más habían influido sobre ella en cuestiones religiosas<sup>46</sup>.

Los relevos más frecuentes en la casa de la reina tuvieron lugar entre las camaristas y damas hispanas. De las primeras poco sabemos por ahora, salvo que, como puede verse en el **Cuadro I**, hubo un relevo casi completo de este sector femenino. Es probable que éstas, como las damas, fueran de edad casadera. Parece ser que no todas las damas abandonaron su puesto en cuanto se casaron, pero lo normal era que dejaran el oficio para atender a su nuevo papel al casarse o poco después. El servicio en la casa real era una oportunidad ideal para darse a conocer y ampliar las oportunidades matrimoniales de todo el sector femenino, por lo cual la entra-

<sup>44</sup> C. Douais, op. cit., I, n.31 pp. 83-4, Fourquevaux a Catalina, Madrid 30 Abril 1566 noticias de la muerte de Ureña y de los rumores; nombramiento interino ibid., n.36, pp. 90-1, Madrid 5 de junio; n.45, p. 113, Segovia 18 de agosto comentarios sobre Fajardo; nombramiento fijo de la duquesa, n.73, p. 176 a Carlos IX, Madrid 13 de febrero de 1567; defensa n. 97, p. 254, a Catalina, Madrid 24 de agosto de 1567.

<sup>45</sup> A. González de Amezúa y Mayo, op. cit., II, p. 488.

<sup>46</sup> A. González de Amezúa y Mayo, op. cit., II, pp. 474-5.

da no era gratuita. Antes de entrar en palacio había que proveerles de ropa, joyas y sirvientes, lo que suponía gastos importantes para la familia que se descontaban de la dote o formaban parte de ella. Por ejemplo, el músico Antonio de Cabezón, miembro de la casa del rey, había conseguido una merced de Felipe II de 1.000 ducados para casar a su hija doña María de Moscoso. Al entrar ésta a servir en la cámara de la princesa Juana se gastó 510 ducados «en joyas de oro y plata y vestidos y otras piezas que le dimos», todo ello descontado del dinero de la dote<sup>47</sup>. Pero el gasto inicial se podía recuperar con creces. Las damas y otras mujeres de la casa españolas recibían automáticamente mil ducados para su dote y el vestido de la boda, las francesas algo más. Esta contribución era como una gota en el mar, ya que las dotes aristocráticas hispanas de la época con frecuencia superaban los 50.000 ducados. La dama de Isabel, dona Ana Félix, llevó una dote de 70.000 ducados, cifra superada por otra dama, doña Magdalena Girón<sup>48</sup>. En ciertos casos las contribuciones reales eran absolutamente imprescindibles para conseguir el fin deseado. Felipe II ofreció pagar 8.000 ducados de la dote que se pidió para la dama francesa, Leonor de la Renbere (o Rivière), por ejemplo, e Isabel garantizó, como a las otras francesas de su rango, otros 2.667 ducados. Esto suponía más de la mitad de los 20.000 ducados que había prometido su padre, pero temiendo que éste no pudiera proveer lo que restaba, aun añadiendo el valor de sus joyas, la reina se ofreció a pagar lo que faltase<sup>49</sup>. En otros casos, sin embargo, la reina medía su liberalidad con una vara más corta. En el testamento de 1566 había asignado dinero y regalos costosos a varias damas. Más tarde añadió este codicilo: «en mi testamento mando muchas cosas [a] algunas damas mias que se an casado, digo que no sintiende que auiendoles hecho la m[erced] que para su casamiento les hize se les aya de dar mas, porque tengo ya cumplido con ellas»<sup>50</sup>. Una vez y no más.

Con frecuencia tanto el rey como la reina o la princesa añadían más dinero y regalos para la pareja, y el marido podía obtener un buen puesto si complacía al rey. Cuando Ferrante Gonzaga, pariente del duque de Mantua y personaje importante en la política y en el ejército regio, solicitó un buen matrimonio para sellar su alianza con Felipe II, éste facilitó su enlace con una de las favoritas de la reina, Santena. El banquete que, en noviembre de 1566, se dio en palacio para celebrar el matrimonio fue fastuoso. Entre las ilustres invitadas figuraban la duquesa de Alba, la marquesa de Poza, la condesa de Olivares, la princesa de Éboli y la condesa de Chinchón. Parece ser que esta comida y otras parecidas se pagaron y orga-

47 Antonio Matilla Tascón (ed.), *Testamentos de 43 personajes del Madrid de los Austrias*, Madrid 1983, p. 2. Otra hija, doña Jerónima de Cabezón, había conseguido plaza en la casa de la hermana mayor del rey, Maria, por entonces reina de Bohemia. Les costó más de 400 ducados «aderezar y ataviar de lo necesario».

48 A. Herrera García, *El estado de Olivares*, Sevilla, 1990 p. 67 menciona el matrimonio de Doña Ana Félix. I. Atienza Hernández, *Aristocracia, poder y riqueza en la España moderna. La casa de Osuna siglos XV-XIX*, Madrid 1987, p.283 menciona la dote de más de 133,000 ducados con la cual se selló el matrimonio de la hija mayor de Juan Alonso de Guzmán, duque de Medina Sidonia, y don Pedro Girón, primogénito de la casa de Osuna en 1549.

49 A. González de Amezúa y Mayo, op. cit., III, n.CXXXIII p. 351, Testamento de Isabel, 27 de junio de 1566. Otras damas, como Doña Luisa Manrique, solo recibieron los 1,000 ducados básicos. *Ibid.*, I, p. 159, nota 29, cuentas de abril de 1564.

50 *Ibid.*, p. 357.

nizaron por la casa real, donde podemos encontrar las cuentas y otros detalles de ellas. Más fastuoso hubiera sido el matrimonio de doña Isabel de Mendoza con el marques de Cenete, en noviembre de 1568, de no haber interferido las muertes de don Carlos y de la propia Isabel, lo que no solo aguó la fiesta, sino que impidió la participación de la familia real en el banquete principal (que se canceló) y obligó a que se redujeran los festejos<sup>51</sup>. La asistencia de la familia real a las bodas era muy estimada, y aún más cuando sus miembros hacían de padrinos. Otras concesiones reales eran más concretas. En el caso de Ferrante Gonzaga y Santena, por ejemplo, el rey concedió al novio un hábito y una encomienda de la Orden de Alcántara, y un oficio de chamberlain en la casa real (debe ser la de Borgoña), además de rentas en Nápoles<sup>52</sup>.

Todo ello añadía honor, lustre y recursos a los linajes representados, pero el sistema beneficiaba ampliamente a la familia real. Estar rodeados y servidos por la más alta aristocracia confirmaba su propio honor e importancia y ponía de manifiesto la obediencia y sujeción del reino. El sistema también permitía al rey controlar más de cerca los matrimonios de la nobleza. Las negociaciones matrimoniales de estas damas normalmente se hacían en la corte, con participación activa de los ministros del rey e intervención directa de éste. De esta forma se impedían los matrimonios que podían resultar peligrosos a la corona al acumular demasiado poder en manos de un solo linaje. No debe sorprender que el rey recurriese al grupo de damas cuando sus sirvientes o aliados le pedían que designase un enlace de su gusto, como hemos visto en el caso de Ferrante Gonzaga. Era una forma de reforzar las relaciones entre el rey y la aristocracia, especialmente con aquellos que no eran sus propios súbditos. Por ejemplo, en 1562, Felipe II escogió a una dama de Isabel, doña Juana de Aragón, hija de su Caballero, don Álvaro de Córdoba, para hacer merced y reforzar sus lazos con el conde Manfredi<sup>53</sup>. Cuando Andrea Gonzaga, otro pariente del duque de Mantua con un papel político y militar notable, llegó a la corte en 1567 pidiendo merced y un matrimonio honroso, Felipe II le concedió la mano de otra dama regia, doña María de Padilla, pese a la oposición de Ruy Gómez de Silva. La boda se hizo en la corte en abril, con fiestas y justas espléndidas<sup>54</sup>. Más difícil resultó decidir el futuro de doña Magdalena Girón, quien llegó a ser una de las damas favoritas de Isabel y quedó a su lado hasta que la reina murió. Su belleza y su elevada dote de 90.000 escudos le garantizaron numerosos pretendientes, entre ellos el futuro duque de Urbino. Y no solo esto. Como recordó el embajador Florentino a su señor, había

<sup>51</sup> AGS, CSR, 398, f.834, Comida en el casamiento de Santena, 11 de noviembre de 1566 y f.385, Comida de la duquesa de Alba y señoras. Otros ejemplos en AGS, CSR, 398 f.837 y AGS, CSR, 398, f.843, Comida del casamiento de doña Isabel de Mendoza con el marqués de Cenete, lunes 21 de noviembre de 1568.

<sup>52</sup> Agradezco estos detalles al Dr. Raffaele Tamalio, historiador de la familia Gonzaga.

<sup>53</sup> Archivio di Stato di Parma, Carteggio Farnesiano e Borbonico Estero [de aquí en adelante ASPar CF], busta 126, f.126, Manfredo Landi al duque de Parma, Madrid 3 de julio de 1562. Manfredi murió al poco tiempo.

<sup>54</sup> ASMn, AG, Sp. busta 594, s.f. Roberti al duque de Mantua, Madrid, 17 de febrero de 1567; *ibid.*, Andrea Gonzaga al duque, Madrid 1 de marzo de 1567; *ibid.*, Roberti al duque, 11 de abril 1567, notificándole de la celebración del matrimonio dentro de diez días y las fiestas y justas que se preparan.

que sumar lo que le daría el rey de merced y los regalos que añadiría la reina para una dama tan querida. Al final, ganó su mano el duque de Aveiro, reforzando los lienzos entre Portugal y Castilla. El matrimonio se llevó al cabo poco después de morir la reina<sup>55</sup>.

En otras ocasiones, estos matrimonios servían específicamente para hacer merced a los oficiales del rey. Este fue el caso del matrimonio de doña Magdalena de Bobadilla, dama de Juana, quien caso con don Jerónimo de Padilla principalmente porque el rey lo favoreció. Se sentía en deuda con el padre de don Jerónimo, quien le había servido por muchos años<sup>56</sup>. Las negociaciones para este enlace son un buen ejemplo de la intervención directa de Juana en los matrimonios de sus damas. Es interesante que hasta ahora no he encontrado documentación que permita ilustrar hasta qué punto Isabel intervino en los matrimonios de las suyas, lo cual resulta curioso. Como veremos, la reina no se distinguió por su actividad en otros sectores como la política o el patronazgo, por lo cual cabe deducirse que tampoco se involucrase demasiado en éste. Naturalmente, al principio de su reinado era muy joven y estaba poco informada respecto a la aristocracia de sus nuevos estados, pero no deja de resultar raro que no interviniese más tarde. Ahora bien, si este dato se confirma, si en efecto —como parece— no participó activamente en estos matrimonios, sería indicativo de la distancia que mantenía aún con la mayoría de sus damas españolas y de su entorno inmediato, y de su despreocupación por un elemento clave del papel que le pertenecía como cabeza de su casa.

Los enlaces de damas se multiplicaron en 1567 y 1568 y con ello aceleraron los cambios en la casa de Isabel. En enero de 1567 se casaba doña María Manrique. Había sido cortejada durante un tiempo por Alejandro Farnesio, futuro duque de Parma. Don Juan de Portocarrero, muy enamorado también, había intentado casarse con ella. Pero, al final, la había ganado don Rodrigo de Mendoza. Por una carta que don Luis Enríquez escribió a Farnesio para «darle el pésame» deducimos que fue una historia con un fin feliz, ya que «al fin casa con quien ella quería casar y con quien la quiere mucho»<sup>57</sup>. En abril, María de Padilla, a quien mencionamos arriba, se casaba con Andrea Gonzaga. Otra dama, doña Leonor de Guzmán y Toledo, se preparaba para salir a servir a la emperatriz en Viena. Dietristan llevaba desde 1564 negociando con el rey —nótese, no la reina— para que se enviasen algunas damas a la corte imperial y hubo de ser doña Leonor quien saliera, lo que lamentaron bastantes, incluido un italiano que le puso el apodo de «la santa»<sup>58</sup>. Apodo que por cierto no encajaba con doña Magdalena de Guzmán, hija del Mayordomo de Isabel. No sabemos cuando comenzaron sus relaciones con don Fadrique de Toledo, heredero del III

55 ASF, FA, Sp, filze 4898, ff.269-74 Nobili al principe Francesco, 5 de junio de 1568.

56 La correspondencia de doña Magdalena con su guardián, don Diego Hurtado de Mendoza, nos abre una ventana al mundo de negociaciones, intrigas y presiones de la corte. A. González Palencia y E. Mele, *Vida y obras de don Diego Hurtado de Mendoza*, 3 vols., Madrid 1941-3, II, pp. 328-30, 336-7, y Foulche-Delbosc, op. cit., esp. n.52, pp. 40-1.

57 ASPar, CF, busta 126 s.f. Don Luis Enríquez al príncipe de Parma, Madrid 11 de enero de 1567.

58 ASF, FA, Sp, 4898, ff.58-9, Madrid 12 de mayo de 1567. F. Edelmayer, op. cit., n.74 p. 318, Dietristan a Maximiliano II, Madrid 31 de diciembre de 1564 y notas 11 y 12, p. 318.

duque de Alba, pero llegaron a un punto culminante en octubre 1566, cuando don Fadrique le dijo claramente que quería casarse con ella y ella respondió afirmativamente. Don Fadrique declaró incluso que, si sus padres no le daban licencia para casarse con ella, no se casaría jamás: «es la más extraña cosa del mundo», comentó don Luis Enríquez. Esta historia de amor tendría trágicas consecuencias para muchos. Cuando Fadrique habló con sus padres, éstos rechazaron tajantemente un matrimonio que no suponía gran ventaja para el linaje. La hostilidad del duque de Alba también sugiere que había un elemento personal en su reacción tan vehemente, fuese por que no le gustaba la joven o por otras razones. Contándole el caso a un pariente, insistió que «soy contento de que él no se case, a trueque de que el casamiento no sea con Doña Magdalena».

Pero el problema, que jamás se solucionó, era si ya habían contraído matrimonio o no. Ella insistía en que sí y, por lo que escribía Enríquez: «anda contentísima y muy galana y no sale a las mesas ni da lugar a nadie q[ue] todas son señales de desposada. No habla sino es con don Fadrique». Alba insistió en todo momento que no se habían casado pero, por si a caso resultaba lo contrario, también declaró que el matrimonio sería inválido ya que entraba dentro de los grados prohibidos por la iglesia. Don Fadrique jamás declaró públicamente si se había casado o no. Se limitaba a repetir que él le había dicho que quería casarse con ella y que no se casaría con nadie más. Cuando se enteró de lo ocurrido, el rey se puso aún más furioso que el duque de Alba. No era lícito contraer matrimonio sin licencia regia y significaba una gran deshonra para los monarcas cuando tales casos ocurrían dentro de las casas reales, donde se suponía que las damas estaban protegidas. La deshonra era mayor para la familia de Alba, al estar de Camarera Mayor la propia duquesa de Alba, una de las principales responsables de prevenir *liaisons* como éste en la casa regia. Felipe II envió preso a don Fadrique a Medina de la Mota a pesar del favor que le merecían sus padres. Ahora bien, lo que el rey prefería era que se solucionase por negociación. Tratándose, como se trataba, de gente tan principal, el caso se mantuvo «secreto» por algún tiempo, dándoles el rey la oportunidad a llegar a un acuerdo. Pero, en vista de la hostilidad implacable del duque, las negociaciones no progresaron. Contaba el embajador francés que la duquesa de Alba, para acelerar la conclusión del caso e impulsar el destierro de doña Magdalena, se negó a quedarse en palacio mientras permaneciera allí la desafortunada dama. Sin duda, como toda madre indulgente, culpaba a la desgraciada dama de haber seducido a su hijo. Transcurridos unos meses sin encontrar solución, al rey no le quedó otra opción que castigar a ambos partidos. Don Fadrique fue condenado a seis años de exilio de la corte, debiendo pasar los tres primeros sirviendo al rey en Orán. Y a doña Magdalena se la sacó a media noche de la corte y se la encerró en un monasterio en Toledo. En 1578, al regresar el duque de Alba y don Fadrique a la corte, doña Magdalena volvió a querellarse. Para evitar el matrimonio, Alba organizó la boda de su hijo con una prima, sin licencia del rey, quien seguía teniendo el deber de hacer justicia a la dama de la reina. Felipe II tuvo que castigar tanto al duque como a su hijo de nuevo con prisión y exilio, pero doña Magdalena consiguió salir del

convento y casarse con don Martín Cortés, II marqués de Valle de Guaxaca<sup>59</sup>. De nuevo es interesante el hecho de que no sepamos la reacción de Isabel ni tengamos indicio alguno de su intervención en este escándalo, pudiendo encontrar material para ilustrar la actitud y la intervención de la princesa Juana en casos semejantes.

En mayo de 1568 se casaba doña Ana Félix, hija del conde de Olivares, con don Francisco de los Cobos y Luna, heredero de los marqueses de Camarasa<sup>60</sup>. A lo largo de este año se acordaron más matrimonios que habrían desembocado en la salida de la corte de otras damas que llevaban tiempo con la reina, como doña Magdalena de Girón. Es notable que al morir Isabel, solo ésta y Toledo, que debía partir, quedaban del grupo original de damas españolas de 1560. Otras tres—Córdoba, Navarra y María de la Cueva—llevaban unos años sirviendo, pero el resto de las damas a quienes se dio traje de luto habían cogido el puesto después de 1566. Sin embargo, las seis damas francesas que quedaban, es decir Anguisciola, Jacincourt, Arne, Ligier, Riberac y doña Claudia, eran todas compañeras muy antiguas<sup>61</sup>. Santena y de la Rivière debían haber salido de la corte después de casarse. No debe sorprender que la reina prefiriese aún la compañía de estas damas que habían llegado con ella de Francia, contribuyendo a ello el hecho de que eran un elemento estable en medio de un entorno inestable.

Las damas y mozas reales eran quienes vivían más próximas a la reina. Es notable que en su testamento de junio de 1566 se nombre a todas las damas y dueñas individualmente y algunas de las mozas, concediéndoles Isabel mercedes y regalos especiales. Las ocho damas y dos camaristas francesas que quedaban en la corte se mencionan individualmente y se reparten regalos especiales para ellas y para las 17 damas y dueñas españolas y dos de las señoras de retrete. Las mozas de cámara españolas, como los pajes, reciben una mención genérica. Es curiosa la forma tan artificial que se adoptó en esta parte del testamento. Se nombra a una francesa y a una española sucesivamente hasta que se acaba con las francesas. Como si la reina intentara dar la impresión de haber compartido su favor en partes iguales entre estos dos sectores. El testamento nos permite comprobar que sus contactos íntimos con los oficiales masculinos de la casa eran limitados. Como es de esperar, la reina hizo merced a su limosnero y al mozo de capilla, a quien debía tratar a diario, como sería el caso con el Mayordomo Mayor y los dos Mayordomos, el Guardajoyas y su ayudante a quienes también mencionó por su nombre. También incluye a los médicos y a los enanos, Montaigne y Luisica, en esta categoría. Pocos

59 ASPar. CF, busta 126, s.f., don Luis Enriquez al príncipe de Parma, Madrid 26 de octubre de 1566; Ibid., 11 de enero de 1567 diciendo que no habían progresado las negociaciones para el matrimonio. Duque de Alba, *Epistolario del III duque de Alba, don Fernando Alvarez de Toledo*, 3 vols., Madrid, 1952, n.575, p. 617 Alba al Cardenal Pacheco, Madrid 29 de octubre de 1566; n.579, p. 621, Alba a don García de Toledo, Madrid, 29 de noviembre de 1566; Douais, op. cit., I, n.73, p. 178, Fourquevaux a Carlos IX, Madrid, 13 de febrero de 1567. Los acontecimientos de 1578 en W. Maltby, *Alba. A biography of Fernando Alvarez de Toledo, Third duke of Alba 1507-1582*, Berkeley (Los Angeles), 1983, pp. 274-281. Matrimonio de doña Magdalena en: L. Salazar y Castro, *Historia Genealógica de la casa de Lara*, tomo 1, Madrid 1696, p. 395.

<sup>60</sup> Véase la nota 48.

<sup>61</sup> A. González de Amezúa y Mayo, op. cit., II p. 509, damas a quien se dio luto al morir la reina. Se añadieron también doña Isabel de Castilla y la marquesa de Frómista, Ibid., p. 489.

otros miembros del resto de esta extensa casa eran mencionados. Hizo merced particular al Contralor, Villalpando, y al Grefier, Rozas, cuya función de administradores de la casa les debió ofrecer un contacto frecuente con ella, así como a otros dos grupos de oficiales: los cuatro aposentadores y guardadamas –Padilla, Garnica, Castillo y Bernal–, y los ujieres y reposteros de cámara –Rojas, Magallanes, Perea y Francos. Es indicativo de su carácter y de sus relaciones un tanto distantes con la gente que no se molestase en cambiar las provisiones de su testamento dos años más tarde, cuando sabía que se aproximaba su muerte. La única excepción que hizo fue de nombrar a una de sus nuevas damas, doña Isabel Chacón. Dejó todo el resto para que lo solucionaran el rey y sus testamentarios<sup>62</sup>.

#### 4. Costes necesarios y deudas voluntarias

La casa de Isabel fue nutrida porque éste era un criterio por el cual se medía la fuerza de la alianza franco-hispana y la grandeza de Felipe II. Se pensó en un principio asignarle 80.000 ducados anuales para sus gastos. Era una suma muy sustancial. La asignación de la casa del rey, que debía cubrir no solo la casa propiamente dicha, pero gastos relativos a los consejos y gran parte del gobierno, las guardas, las capillas etc., era de unos 250.000 ducados, mientras que la del príncipe Carlos, cuando se asentó, fue de 50.000 ducados (subiendo poco después a 60.000). El contralor de la casa de Isabel, Sigoney, recibió 12.000 ducados en 1559 para cubrir los gastos iniciales, comenzando por el viaje de la reina y su comitiva francesa hasta Guadalajara. La mayor parte de este dinero fue entregado en partidas menores a Emeri Thisart, tesorero de la casa francesa, quien supervisaba las compras y gastos de comida, aposentamiento, etc. También se le dieron cantidades menudas a Claude Sublet, limosnero real, y a la condesa de Ureña, quienes se encargaron de dispensar limosnas de parte de la reina. Sigoney quedó encargado del pago de las acémilas y carros que se necesitaron para transportar la recámara de la reina, entre ellas las 60 que el propio rey había enviado. También hubo de cubrir otros gastos incidentales, como la ayuda de costa a cinco lacayos franceses y a doce lacayos españoles durante el viaje<sup>63</sup>.

Por las cuentas de la casa, resumidas en el **Cuadro II**, podemos ver que las cédulas emitidas para cubrir gastos en estos primeros años se hicieron en sumas pequeñas, aunque con cierta frecuencia. No podemos confirmar que el pago fuese inmediato pero ya que figuran en el finiquito de las cuentas del Contralor y del Tesorero se debieron hacer efectivas más tarde o más temprano. De vez en cuando los oficiales necesitaban dinero en efectivo para cubrir gastos urgentes o algún viaje y, si no lo había a mano, lo procuraban por asiento con banqueros, incu-

<sup>62</sup> A. González de Amezúa y Mayo, op. cit., III, n. CXXXIII pp. 348-57, Testamento de Isabel, 27 de junio de 1566; n. CXLIII pp. 375-6 codicilo del 3 de octubre de 1568. Doña Isabel Chacón. Era hija de don Hernando de Rojas y Doña María Chacón.

<sup>63</sup> AGS, CSR, 82, s.f. Luis Sigoney contralor, «fee q se le dieron de sus q.ta.» Felipe II dio orden que le pagase esta suma el Factor General, Hernán López del Campo, por cédula firmada en Toledo, 8 de diciembre de 1559.; Ibid. s.f., «Quenta de los doze mill ds».

rriendo así en nuevos gastos al negociar y pagar intereses. A ser posible, para evitar estos gastos, el rey intentaba anticiparse a estas ocasiones y proveer el dinero a tiempo – la suma que se dio a Sigoney en 1559 es buen ejemplo de ello, otro es lo que entregó para los gastos del viaje de dos semanas a Aranjuez en mayo de 1560. También sufragaba de forma indirecta los costes de la familia real cuando salían juntos a lugares como Aranjuez o el Bosque de Segovia, viajes que habitualmente se hacían dos o tres veces al año y duraban varias semanas. Las comidas, la guardia y los gastos de casi toda la servidumbre presente recaían entonces en la casa del rey. El mayor gasto extraordinario de la casa de Isabel en su primer año de reinado fue el pago de gajes y recompensas de los sirvientes franceses que regresaron a Francia en junio de 1560, que tuvo que hacerse en efectivo y en poco tiempo. Además fue imprescindible hacer gastos extraordinarios para asentar la casa: proveer camas y otros objetos básicos para las cocinas y los otros oficios. Y pese a las reformas que el rey hizo con anterioridad en el palacio, hubo que hacer varias obras menores en las salas que se destinaron a la reina en el Alcázar, como poner nuevas puertas y cerraduras y comprar cofres para el guardarropa y el guardajoyas. El rey asumió estos gastos extraordinarios, por lo cual Sigoney recibió cerca de 101.000 ducados en este primer año del funcionamiento de la casa. Pero no fue suficiente. A mediados de 1561 quedaban cerca de 27.262 ducados por pagar de los gajes de 1560. El rey hizo otra contribución adicional para saldar la deuda, dando cédulas para la entrega de casi 25.000 ducados en la feria de agosto de Medina de Rioseco<sup>64</sup>.

Era ya evidente que la asignación original para la casa no sería suficiente y que el sistema de repartimiento era pésimo. El rey se apresuró a remediar la situación. Aumentó la asignación a 90.000 ducados anuales y dio orden para que se librasen en tercios. No obstante, los gastos de 1561 excedieron de nuevo lo asignado. Contando la provisión retrospectiva de casi 25.000 ducados que se hizo en enero de 1562, el rey consignó cerca de 128.000 ducados para los gastos de la casa de la reina de 1561 y para saldar las deudas que quedaban de 1560<sup>65</sup>. Pero no consiguió con ello sanear la hacienda de Isabel. Aparte de los gastos imprescindibles para mantener la casa, como era la cocina, el aposentamiento, los gajes del personal, etc., los tesoreros tenían que cumplir con un aluvión de libranzas y cédulas de la reina para gastos del sastre y de las costureras, para bordados, gorgueras, gorras y guantes, cuantiosas joyas y botones con piedras preciosas, cuadros, medicinas, especias, muebles, tapices, músicos etc. Ciertas compras de la reina eran regalos para enviar a Francia o para las visitas, pero la mayoría eran cosas para el uso y el antojo de la reina y de su casa. En poco más de un año estos gastos sueltos ascendie-

<sup>64</sup> AGS, CSR, 82, s.f., cuentas de Sigoney para 1560 y 1561. La asignación afectó a lo que se libró para 1561. En AGS, CSR, 82, s.f. en las cuentas del tesorero Luis de Villa de los años 1560-63; vemos bajo la fecha de 18 de enero de 1562 que los nueve cuentos y cuatrocientos cuarenta y siete mil y trescientos maravedies eran «a cunplimio de los nouenta mill ducados de la consinacion del dho. año de mill e quinientos y sesenta y vno». Le sigue una referencia a la cédula de 25 de diciembre de 1561 «pa el gasto y seru.io de su mag.d» de 1562. El tipo de gastos ordinarios y obras menores se puede estudiar en CSR, 82, s.f., Data de las cuentas de Luis Sigoney de 1560-1 para una suma de 5.823.026mrs.

<sup>65</sup> AGS, CSR, 82, s.f., Cuentas del tesorero Luis de Villa de los años 1560-63.

ron a más de 30.000 ducados<sup>66</sup>. Para evitar más problemas, el rey anunció en febrero de 1562 que la asignación de la casa de la reina subiría hasta 100.000 ducados anuales y dio orden de que se librasen 20.000 ducados más en la feria de mayo para saldar las deudas acumuladas<sup>67</sup>. Se abandonó el sistema de tercios y se intentó librar gran parte de esta suma a principios del año. Sin duda esperaba moderación en los gastos de la reina y que ésta viviese de ahora en adelante dentro de los generosos límites que le había concedido.

Pero no fue así. Los oficiales de la reina no esperaron a recibir la primera asignación, sino que anticiparon esta suma con una serie de préstamos. Consciente de los problemas que abordaban, el rey de nuevo mostró gran generosidad. En julio de 1562 les anticipó 4.000 ducados que luego «perdonó», y a mediados de agosto anticipó otros 4.000 ducados para que pudieran asentar las cuentas más apremiantes y organizar el viaje al Bosque de Segovia y perdonó éstos también. En total, se dieron cerca de 111.000 ducados y 300 marcos de plata para los gastos de Isabel en 1562. Esto es, sin contar la cedula de 25.314 ducados emitida a fines del año que cabe suponer fuera (como se especifica en otros años) parte de la asignación de 1563. Es decir, la contribución anual del rey seguía siendo mayor que la suma asignada; por regla general alrededor de un 20-25% más, sin conseguir con ello eliminar las deudas de la reina. Las cuentas parciales de que disponemos para 1563 no nos permiten indicar con certeza lo que ocurrió ese año, pero no parece variar de esta norma. Sabemos que el rey emitió dos cédulas, una el 23 de abril y la otra el 22 de agosto de 1563, que suman en total 120.000 ducados, aunque no es seguro que se abonaran en su totalidad. Los oficiales de Isabel continuaban recurriendo al crédito y con ello sus gastos crecían, pues debían de abonar los gastos de negociación y los intereses<sup>68</sup>.

La situación en la casa de la reina fue empeorando, pero no sabemos si el rey era consciente de que se hacía cada vez más insostenible. Tampoco sabemos cómo ni cuando los oficiales de Isabel optaron por informarle de lo que ocurría, pero sí que sus argumentos dieron como resultado otra ayuda extraordinaria de éste por valor de 20.000 ducados a finales de 1564 o principios de 1565. Al recibir esta suma, los oficiales de Isabel alegaron que no se podía considerar como solución de la presente crisis sino como cumplimiento tardío de la ayuda concedida, y al parecer no pagada, para cubrir las deudas acumuladas hasta fin de 1561. Fue en la segunda mitad de 1565 cuando admitieron al rey que no tenían nada para hacer cara a las deudas que Isabel había contraído entre 1562 y 1565, las cuales llegaba a unos 180.000 ducados. En un documento interesantísimo intentaron persuadir al rey de que él debía cubrir hasta 80.000 ducados de estos gastos extraordinarios. Y trataron, así mismo, de explicar y justificar por qué Isabel había gastado este dineral con vistas de persuadir al rey a que les ofreciese una ayuda.

<sup>66</sup> AGS, CSR, 82, s.f., Dineros pagados por el dho. Luis Sigoney para el seruiçio de Su mag. tt, s.d., pero con alusión a incidentes de 1560 y primera parte de 1561.

<sup>67</sup> Parece ser que hubo problemas con esta última asignación de 20.000 y que seguía impagada en 1565 como veremos.

<sup>68</sup> AGS, CSR, 82, s.f., Cuentas de Luis de Villa. A. González de Amezúa y Mayo, op. cit., III, n.LI, Limoges a Catalina de Médicis, c. febrero de 1562.

El memorial divide los gastos de la reina en dos partes, separando los que hacía la reina «por su voluntad» o para su servicio, de los que ellos opinaban que se podían cargar al rey<sup>69</sup>. Entraban en el primer apartado «los muchos gastos q[ue] haze en su camara» la reina, especialmente sedas, telas de oro, holandas, oro y plata hilado etc., siendo esto «cosa q[ue] su magd. haze por su voluntad y a instancia de personas q[ue] estan en su seruiçio». Calculaban que solo en ello Isabel gastaba más de 20.000 ducados al año. Estimaban también que habría gastado otros 10.000 ducados en joyas de oro, botones, piedras y perlas para su persona durante estos tres años. Declaraban así mismo que no podían calcular la «mucha cantidad» que Isabel había gastado para comprar «joyas, cadenas de oro, [y] dineros» que había regalado a caballeros franceses y otras personas que le visitaban. Por suerte, tenían información fidedigna de los gastos de la visita de la reina a Bayona. Isabel había dado orden de hacer camas, sillas, coches, objetos de plata, espejos, y muchas otras cosas que ascendieron a más de 12.000 ducados. Las comedias y máscaras de febrero y marzo de 1565 habían costado 3.000 ducados, y una corona para la imagen de la virgen de Guadalupe ascendía a 1.500 ducados. Es decir, en tres años los gastos de Isabel que ellos podían calcular con cierta exactitud en joyas, artículos de lujo, regalos y fiestas superaban los 86.500 ducados. Es imposible dar una cifra exacta a los gastos que ellos denominaron como «mucha cantidad», pero no parece un disparate decir que la reina debió gastar en los denominados artículos de «propia voluntad» unos 100.000 ducados durante estos tres años. No tenían fondos para pagar estas deudas.

Los 80.000 ducados adicionales que pensaban que el rey debía proveer se dividen de esta forma: 12.000 ducados (4.000 por año) que estimaban haber utilizado en gastos bancarios para anticipar la asignación anual de la casa. Otros 24.000 ducados para cubrir los gastos de los viajes que había hecho la reina a Aranjuez y Segovia. Aunque el fin de los mismos era disfrutar y descansar la reina, y pese a que el rey cubría gran parte del gasto de estas estancias, lo que debía suponer algún ahorro para la casa de Isabel, sus oficiales alegaron que al hacerse estos viajes por orden del rey, él debía sufragar el gasto entero. Estimaban que entre «los carruages y con el gasto q[ue] se haze por diuidir la casa» se necesitaban unos 8.000 ducados al año para ellos. Los palacios de Aranjuez y Segovia no podían acomodar a mucha gente, por lo cual gran parte de la casa de la reina quedaba en Madrid durante estas estancias y debían comer y vivir aparte. Aunque puede parecer una exageración, no les faltaba razón al insistir en que los gastos de «dividir la casa» y del viaje eran sustanciales. Por ejemplo, en julio de 1560, debido a una enfermedad, Madama de Clermont tuvo que quedarse en casa del conde de Alba de Liste por diez días. Fue una indisposición breve e insignificante y, sin embargo, dejó bastantes rastros en las cuentas de la casa regia que debió pagar facturas de médicos, medicinas, sirvientes, leña, agua, comida, candelas etc. que se tuvieron que proveer fuera del gasto ordinario de la casa ya que Clermont estaba fuera del palacio. Las visitas de la reina con parte de su casa a huertas y

---

<sup>69</sup> AGS, E, 146, f.35, Las causas que ay para que la reyna nra. Señora deua tanta cantidad en fin del año de 1565.

monasterios, pese a ser breves, también suponían gastos elevados por el transporte para las damas, oficiales y músicos, los víveres, hachas de cera, etc.<sup>70</sup>

Pedían también los oficiales de Isabel que el rey asumiese la responsabilidad de ciertos gastos y de los regalos que Isabel había hecho en Bayona —que calculaban en 20.000 ducados—, recordándole que había hecho esta jornada «por voluntad y mandado del rey». Añadían otras dos partidas relacionadas con el viaje: una de 12.000 ducados por los gastos de tener dividida la casa y por el banquete que había dado a los convidados de Bayona, y otros 12.000 ducados más para cubrir los gastos del viaje propiamente dicho —acémilas, carruajes, bestias, etc. Al final del documento, admitían que Felipe II había hecho una merced de 15.000 ducados al tiempo que Isabel había partido para Bayona, pero curiosamente no la descontaban de los 80.000 ducados que pedían y pensaban obtener<sup>71</sup>. Los gastos extraordinarios de la visita de Bayona merecen un breve comentario. La cifra de 56.000 ducados que reparten entre el rey y la reina no incluye los gastos que hicieron otros oficiales que participaron en la reunión, como el duque de Alba, que hubo de sufragar en parte la casa de Felipe II. La comitiva honorífica pagaba sus propios gastos, por lo cual debieron quedar bien resentidas las haciendas de los duques del Infantado y de Osuna entre otras. No me parece descalabrada la cifra que da el embajador Veneciano de un gasto total por parte de la corte hispana de 100.000 ducados<sup>72</sup>. La liberalidad de Isabel en esta ocasión se debía, en parte, al espíritu de emulación que desencadenó la reunión. Los correos que llegaban a Madrid con nuevas de los preparativos franceses no dejaban lugar a dudas de que Catalina de Médicis tenía intención de deslumbrar al mundo. E Isabel no quería quedar mal tampoco. El escritor francés De Thou comento que «jamás hizo la nobleza francesa un gasto tan grande... Jamás se gastó tanto en fiestas, espectáculos, torneos, bailes y toda suerte de festejos..., su fin era de demostrar la riqueza y potencia de Francia a una nación orgullosa. Se confrontó la vanidad francesa con la ostentación española.» El embajador Álava comentó que se gastó más en esta reunión que en una guerra. Y mientras que Felipe II consideró la reunión un desastre, ya que no consiguió ningún fin político o religioso, el embajador Saint Sulpice habló por muchos franceses cuando declaró que había sido un éxito porque «mantendrá por mucho tiempo a Francia en gran reputación con esta nación»<sup>73</sup>.

No sabemos aún cómo reaccionó el rey al memorial que le presentaron los oficiales de la reina pero dudamos que admitiera que tal parte de la deuda fuese su responsabilidad, aunque posiblemente hubiese de nuevo concedido ayudas extraordinarias para reducirla. A finales de junio de 1566, cuando la reina hizo su testamento, sus deudas se estimaban en 140.000 ducados

<sup>70</sup> Ibid.

<sup>71</sup> AGS, E,146, f.35.

<sup>72</sup> Archivio di Stato di Venezia, Archivio Propio Spagna (de aquí en adelante, ASVen, AP, Sp.) 4, ff.192r-v, Antonio Tiepolo al Senado, Madrid 28 de julio de 1565.

<sup>73</sup> Cita A. González de Amezúa y Mayo, op. cit., II, a De Thou en p. 250 nota 116, y a Álava en pp. 198-9, y describe las fiestas en *ibid.*, p. 253ss, incluyendo muchos documentos sobre esto en el tomo III, entre ellos n.CXXIX p. 342, Saint-Sulpice a Carlos IX, agosto de 1565.

dos, por lo cual ella dio orden de «que ante todas cosas, con la mas breuedad que pueda ser, se paguen todas mis deudas, en lo qual encargo mucho la conçeñçia de mis testamentarios<sup>74</sup>». El testamento nos permite aproximarnos a la mentalidad de la reina en lo que respecta al endeudamiento permanente con el que vivió. A su entender, su fortuna ascendía a 733.889 ducados<sup>75</sup>. En esta cifra entraban su dote y arras y las joyas que tenía al casarse, algunas traídas de Francia y otras regaladas por Felipe II. Estas joyas se valoraban en unos 100.000 ducados y, como era habitual, al morir Isabel era de suponer que se vendiesen, como también las joyas que había comprado para sí posteriormente y las camas, tapices, ajuar etc., que calculaba podrían alcanzar otros 25.000 ducados. En este momento le debían 40.000 ducados de la asignación de 1566, que también incluyó como parte de lo que ella consideraba «hacienda liquida». En otras palabras, a su manera de ver, al morir se podría sacar de sus bienes suficiente dinero para saldar todas sus deudas y hacer mercedes a aquellos que le habían servido, además de cubrir los gastos para el descanso de su alma como la celebración de miles de misas y varias obras caritativas.

No debe sorprendernos, pues, que los gastos y las deudas aumentaran. Cuando el rey decidió en 1566 que Isabel debía ponerse en marcha para Flandes, no tuvo más remedio que intervenir en las finanzas de la reina. Era imprescindible que antes de salir de España se pagaran los gajes atrasados y las deudas de la casa, y no sólo por que sería cargo de conciencia dejar de hacerlo. Únicamente así podían los oficiales de la corte y sirvientes disponer de dinero suficiente para saldar sus propias deudas, preparar su viaje o disponer de lo necesario para vivir fuera de la casa real. También era necesario proveer dinero para efectuar el viaje. Los preparativos para el viaje se pusieron en marcha en 1567. Fourquevaux anunció en agosto que Felipe II había concedido cédulas por 154.000 escudos para saldar las deudas de Isabel además de los 100.000 de su asignación. También había dado orden para que la asignación de 100.000 ducados de 1568 y 1569 se pagase sin falta<sup>76</sup>. El viaje se suspendió poco después, y desconocemos por ahora si la casa llegó a recibir sumas extraordinarias o no. Lo que sí queda fuera de duda es que la reina siguió gastando de forma desmesurada hasta su muerte.

## 5. La vida cotidiana

Los gastos de la casa ya nos han dado una impresión del lujo del que se rodeaba la reina Isabel y de alguno de sus pasatiempos. Por suerte tenemos una fuente admirable para conocer la vida cotidiana de la reina poco después de asentarse en España, el «Diario» de una de sus damas, posiblemente Madame Clermont, que describe escuetamente su vida entre abril y junio

<sup>74</sup> A. González de Amezúa y Mayo, op. cit., III, n.CXXXIII pp. 348-357. El testamento se firmó en el Bosque de Segovia el 27 de junio de 1566; la cita en el texto en p. 351 y los detalles de las finanzas en p. 355.

<sup>75</sup> Ibid., p. 355, la suma está equivocada, debían ser 733.898 ducados.

<sup>76</sup> C. Douais, op. cit., I, n.97 p. 254, Fourquevaux a Catalina de Médicis, Madrid 24 de agosto de 1567: «Le Roy Catholique a donné assignation de cent cinquante quatre mil escuz que lad. Dame Royne doibt et y a trois cens mil escuz d'assignation pour l'an present, et les deux prochains à cent mil escuz par an».

de 1560<sup>77</sup>. A no ser que estuviera enferma y permaneciera en cama, todos los días comenzaban con el largo proceso de vestir y peinar a la reina. Debemos pensar que seleccionar la ropa, el peinado y las joyas de antemano —ya que se tenían que pedir con anticipo al guardarropa y guardajoyas— ocuparía también bastantes horas del día anterior. Es de suponer que una parte importante de sus charlas habituales con las damas se dedicaban a esto y en general a las modas y las joyas. Y no solo por los gustos peculiares y los caprichos de una adolescente presumida. Es imprescindible darle la importancia que se merece al tema de la vestimenta y de su elección. A partir de su apariencia física, la reina proyectaba una imagen de potencia, autoridad y riqueza. La suya, la de su marido y la de sus reinos. Isabel casi siempre elegía su indumentaria por capricho, pero también sabía vestirse a veces en un estilo u otro para entonar mejor con el personaje o la ocasión. Vestirse y peinarse al estilo de una u otra «nación» en ocasiones tenía un significado político que nadie ignoraba. En general, Isabel se vestía a las últimas modas de Francia, Italia y España. Su inclinación al lujo, tanto en el vestido como en las joyas, databa de su infancia. El ajuar que le asignaron fue riquísimo porque Catalina de Médicis quiso deslumbrar a la corte filipina con la riqueza y buen gusto de la corte francesa. El rey lo tomó como un desafío a juzgar por su respuesta, que fue hacerle regalos extraordinarios en joyas. El hecho de que esto no saciase la avidez de Isabel por comprar más joyas y ropas habla elocuentemente de sus gustos y de su inclinación al lujo. Por el «Diario» de Clermont podemos confirmar que Isabel se vestía para impresionar a todos, pero muy especialmente a su marido, por lo cual, si algún día se encontraba muy favorecida y no veía Felipe o éste no venía a visitarla, volvía a repetir el atuendo al día siguiente o un día en que estuviera segura de que él la vería.

Una vez vestida y peinada, habitualmente Isabel oía misa en palacio, con frecuencia en compañía de Juana y raras veces con el rey. Fuese o no por orden explícita, la princesa Juana, hermana menor del rey, se encargó de ser la compañera y madre de Isabel. Tenía un carácter fuerte que le había resultado utilísimo en el importante oficio de regente y gobernadora de los reinos ibéricos entre 1554 y 1559. También la distinguía una gran hondura espiritual que explica en parte el por qué fue la única mujer admitida a la orden de los jesuitas. Después de regresar Felipe II a Castilla, se retiró de la política para no causar problemas a su hermano, salvo por lo que se refiere a los asuntos de Portugal, donde vivía su hijo, el rey don Sebastián. Felipe II sentía por ella un gran respeto y afecto. Le consultaba en ciertos negocios de estado y, sobre todo, dependía de ella para cuidar de los miembros más jóvenes de la familia real. Aún era bella y relativamente joven (nació en 1535), pero había sufrido mucho. Perdió a su madre a una tierna edad y a su esposo meses después de la boda. Tuvo que dejar a su hijo recién nacido en Lisboa para hacerse cargo de los reinos hispanos, y jamás lo volvió a ver<sup>78</sup>. Durante varios años reina y

<sup>77</sup> A. González de Amezúa y Mayo, op. cit., III, n.XX, pp. 106-120, Diario, 29 de abril-6 de junio de 1560. Dedicó también el autor dos capítulos de su primer volumen: cap. VI «Vida en Toledo»; cap. VII, «Una reina de España en la intimidad» describiendo la vida de la reina estos primeros años.

<sup>78</sup> J. Martínez Millán, «Familia real y grupos políticos: la princesa doña Juana de Austria (1535-1573)» en *ibid.*, *La corte de Felipe II*, Madrid 1994, pp. 73-105. M. J. Rodríguez Salgado, *Un imperio en transición*, 24, 137-140, caps 7, 9.

princesa se vieron casi a diario y siempre dieron la impresión de sentir amistad y afecto mutuo. Quizás al principio de su relación predominasen la disimulación y la cortesía, aunque es de suponer que éstas fueran dejando paso a sentimientos más profundos a medida que pasaban los años y se conocían mejor. En muchos aspectos les separaba un abismo. La profundidad y espiritualidad de Juana, su carácter serio y trabajador contrastan con la superficialidad e indolencia de Isabel. Pero también es posible intuir que se complementaran. La reina consiguió que Juana llevase una vida más activa, aventurera y alegre, y Juana, sin duda, influyó en la creciente religiosidad y seriedad de Isabel. Iban juntas a misa y a otros oficios religiosos y visitaban monasterios y ermitas. Juana cuidaba a Isabel cuando ésta estaba enferma. Compartían toda clase de entretenimientos, desde jugar a las cartas y danzar a organizar máscaras. A partir de 1565 se vieron con menos frecuencia. A Juana le tocó cuidar de sus sobrinos, los dos archiduques que fueron a residir en la corte, y la reina atendía sus embarazos y a sus hijas. No obstante, cuando murió la reina, Juana se quejó «de la gran soledad que me haze su ausencia»<sup>79</sup>.

Pese a lo que algunos sospecharan antes de su llegada a España, Isabel era católica, mostrando una devoción especial por los franciscanos menores. Coincidió en esto con la condesa de Ureña, quién le animó y respaldó en sus intentos por promocionar un convento para la orden en Madrid. La reina no mostró ninguna otra particularidad en sus devociones. Iba a misa y a las vísperas, y adoraba las reliquias con devoción pero sin fanatismo. Es posible que se hiciese más devota con el tiempo, pero se debió principalmente a su creciente desesperación por tener hijos y no a ninguna influencia nociva de los sectores más fanáticos españoles<sup>80</sup>.

La comida de la reina, salvo los días que comía en público, era una actividad privada que hacía por antojo y no a horas fijas. El resto del día lo dedicaba a charlar con sus damas y a juegos variados. A veces, al principio, vestía a sus muñecas. La actividad más frecuente de Isabel, tanto al principio como al fin de su vida como reina de España, fue el juego. Jamás perdió el gusto, o mejor dicho el vicio, por los juegos de cartas, de dados, de «martres», etc. Como era habitual, jugaba por dinero, apostando principalmente con sus damas, con Juana y con dos otros miembros de la familia real, que pese a ser varones, tenían garantizado el acceso a los salones regios: el príncipe Carlos y don Juan de Austria. También aparecen en sus cuentas el enano Montaigne, y con menos frecuencia, el Mayordomo Mayor. En muchas ocasiones tuvo que pedir dinero prestado a sus oficiales para seguir jugando. Estas actividades tenían lugar en los salones privados de la reina donde, de vez en cuando, se admitían visitantes para participar en ellos o para observar estos pasatiempos. Este fue el caso del obispo de Arezzo, por entonces embajador de Florencia, que nos retrata una escena seductora. Observó a la reina jugando con la princesa de

<sup>79</sup> A. González de Amezúa y Mayo, op. cit., III, n.CLVIII, p. 412, a Catalina de Médicis, Madrid 2 de mayo de 1569. «No puedo dexar de confesar a V. Magd. que yo la amaua tan tiernamente, que no me puedo acauar de conortar (sic.) de la gran soledad que me haze su ausencia». Por lo menos tenía a las Infantas, a quienes cuidaba, y «quiero y tengo por tan hijas como ella».

<sup>80</sup> A. González de Amezúa y Mayo, op. cit., I, en cap. VIII, «Imágenes y devociones», explica el apoyo de Isabel a los franciscanos menores, los mínimos, y su devoción y patronazgo religioso.

Éboli, una de las pocas jóvenes españolas con quien la reina se llevó muy bien desde su llegada a España. Estaba presente también la princesa Juana y sus damas. Arezzo comentó sobre el afecto que Isabel y Juana demostraban la una por la otra. Da la impresión de una reina plácida, absor-ta en el juego, sin mayores preocupaciones<sup>81</sup>. Y así parece ser que era habitualmente. Ahora bien, debemos tener en cuenta que su comportamiento estaba gobernado y limitado por su percepción de que había gente observando. Los historiadores debemos resistir la tentación de pensar que somos testigos privilegiados de la intimidad regia y admitir que lo que vemos es una puesta en escena para un público restringido, pero un público al fin del cabo.

Otros pasatiempos favoritos de la reina, la danza y la música eran también privados, sin embargo parece ser que se admitían observadores y participantes con cierta frecuencia<sup>82</sup>. Muchos compartían su pasión, y por ello anhelaban y presionaban por participar de estos pasatiempos musicales y de las ocasiones de danzar. Por las asociaciones sensuales y, en el caso de la danza, también por el contacto físico entre los participantes, se intentaba restringir el acceso. Pero en este aspecto de su vida, como en otros, parece ser que Isabel se permitía libertades que no concordaban con las costumbres y la moralidad ibéricas. Nadie dudaba la necesidad de tener maestro de danza y de adiestrar a las damas y a los pajes, ya que el baile jugaba un papel importante en ceremonias y festividades, aparte de ser un pasatiempo muy popular. Pero las nuevas ordenanzas que se dictaron para la casa de la cuarta esposa de Felipe II nos remiten indirectamente a algunas de las actividades de Isabel. A partir de 1570 se ordenó que «cuando la reina dançare retirada, no entrará sino el mayordomo mayor» o su sustituto. Se intentaba excluir a otros oficiales varones, incluso el Caballerizo Mayor, quién «lo excusará las vezes que pudiere». Se admite que debían estar presentes las guardas de damas pero, a no ser que se les llamase para un servicio específico, los reposteros de camas [sic., será cámara] no debían entrar tampoco a la sala donde se practicaba la danza. Ahora bien, si estaba presente el maestro de danza era imprescindible que estuviesen presentes otros oficiales principales, pues lo normal era que fuese acompañado por músicos. Estas ordenanzas, redactadas poco después de morir Isabel, también sugieren que ésta había permitido cierta libertad a sus damas para salir de los cuartos íntimos y protegidos de la reina y entrar en aquellos otros espacios públicos o semipúblicos, como lo era la sala donde se daban las lecciones de danza. Ahora quedaba prohibido y las damas mucho más restringidas y recogidas que antes<sup>83</sup>.

La pasión de Isabel por la música fue evidente desde primer momento. Imprescindible para los frecuentes saraos, la música también formaba parte de otros entretenimientos como más-caras y farsas, además de ser un pasatiempo privado. Isabel trajo de Francia a seis músicos «violones» —instrumento de la familia del violín—, y un tañedor de «musette» y flauta. Dos violones más, hijos de los ya citados, servían con el grupo de vez en cuando y cobraban parte de

<sup>81</sup> ASF, MP, Sp, 4894, ff.201-2, Bernardino Grazino al duque, Toledo 9 de febrero 1560 [o 1561]

<sup>82</sup> L. Robledo Estaire, «La música en la casa de la reina, príncipe e infantas», en: L. Robledo Estaire et al. (eds.), *Aspectos de la cultura musical en la Corte de Felipe II*, Madrid, 2000, pp. 195-212, cita de p. 199.

<sup>83</sup> Biblioteca Nacional, Madrid, (de ahora en adelante, BNM) mss.10.129.

los gajes de música asignados a los violones, aunque no tenían título o plaza fija en la casa. En la corte hispana se encontró con una gran tradición musical. Tanto Juana como el propio Felipe II eran grandes aficionados de la música. El rey mantenía músicos de cámara y dos capillas enteras. La reina consiguió atraer a su servicio uno de los mejores músicos de la corte hispana. Consta en las nóminas de su casa de 1560 el famoso vihuelista Miguel de Fuenllana, y más tarde entrarían también Juan Pietro Escallón, músico de vihuela, y Juan del Cortijo, músico de voz que, según opinión de Robledo Estaire, constituían un dúo. Las salas de Isabel también tenían otros instrumentos que tañían otros músicos y posiblemente las visitas. La reina llegó a poseer hasta tres arpas que, sin duda, a veces tocaría el famoso Francisco Martínez, arpista de Juana. Existían otros instrumentos musicales en las salas de la reina, incluido un órgano que se utilizaría habitualmente, pero no exclusivamente, para el culto. Como mencionamos anteriormente, para la misa la reina tenía acceso a los servicios de música de la capilla castellana del rey<sup>84</sup>.

Otro interés que compartían diversos miembros de la familia real con ella fue la pintura. Tanto Felipe II como Juana eran grandes mecenas y muy parciales a la pintura. Animada y enseñada por su dama, la famosa pintora Sofonisba Anguisciola, Isabel aprendió a dibujar y a pintar. Por una temporada le ocupó muchas horas y esfuerzo, pero no parece ser que continuase con esta actividad, aunque sin duda le sirvió para apreciar las obras de otros. Su interés por el arte y su pasión por enviar retratos a la familia en Francia resultó en la creación y difusión de lienzos que contribuirían a dejar plasmada la imagen de la reina y de su familia<sup>85</sup>. Isabel fue cogiéndole con los años cierto gusto a la lectura, pero ésta jamás llegó a ocupar un lugar sustancial en su vida. Le ganó siempre su pasión por los juegos. Otra gran afición resultaron ser las comedias, mascaradas y otros géneros teatrales. Habitualmente desempeñaba un papel pasivo en ellas, presenciando obras que representaban las compañías de actores que pasaban por la corte. Pero muchas fiestas y máscaras se hacían dentro de los salones privados de la familia regia, a veces con la asistencia de Juana y sus damas. Las damas se disfrazaban entonces y hacían comedias y máscaras para las cuales se requería la participación de poetas, escritores y artistas que preparaban los escenarios. Las que se hicieron en 1565 resaltan por su alto nivel cultural, su sofisticación y riqueza. Comenzó el año con una comedia que se representó el 25 de enero estando presente el rey. La serie de adivinanzas que hicieron entre sí las damas de Isabel y Juana fueron cultas y variadas, además de resultar muy caras. Las cuentas de la reina testifican que este género de entretenimientos era frecuente y daba harto trabajo a pintores y sastres, además de ocupar a la reina y las damas en su diseño, ensayo y ejecución<sup>86</sup>.

<sup>84</sup> L. Robledo Estaire, op. cit., pp. 200-206; A. González de Amezúa y Mayo, op. cit., III, n. CXXXVI, pp. 363-6; AGS, CSR, 82, s.f. Cuentas de Melchor de Herrera que confirman la presencia de los músicos hasta morir Isabel.

<sup>85</sup> F. Checa, *Felipe II. Mecenas de las artes*, Madrid, 1992, especialmente pp. 163-7.

<sup>86</sup> A. González de Amezúa y Mayo, op. cit., III, n.VI, pp. 468-472, descripción de «las inuenciones» que hicieron en 1564 o 1565 (da ambos datos). En el tomo II se pueden encontrar referencias a muchas otras obras de teatro y máscaras. Archivio di Stato Modena, Cancellaria Ducale, Estero, Ambasciatori, Spagna, [de ahora en adelante ASMo, CDE, ASp.] B.7, s.f., Conde Manfredi al duque de Ferrara, Madrid último de enero 1565, alude a la excelente comedia que organizó Isabel el día 25 del mes que había gustado mucho al rey.

La reina no era la única que gustaba de las fiestas, especialmente las públicas. Rompían la monotonía de la vida palaciega y permitían a las damas salir del entorno circunscrito del palacio. Muchas de las fiestas ordinarias y extraordinarias estaban determinadas por el calendario litúrgico, pero aun éstas daban una oportunidad para ver y tener contacto con otros personajes reales y un sector importante de la corte. El culto religioso, incluso los oficios ordinarios, como la misa y las vísperas, eran una buena ocasión para salir del cuarto y tener contacto con gente de fuera, aunque de hecho la reina con frecuencia oyese misa en su capilla particular. Éstos y las visitas a ermitas, conventos y monasterios servían para liberar a la mujer aristocrática, permitiéndola salir del recinto de sus habitaciones. Tanto Isabel como Juana eran ávidas viajeras dispuestas a visitar lugares sacros, satisfaciendo con ello su devoción y su necesidad de salir fuera del palacio. Hacían muchas de estas actividades juntas, lo cual pudo multiplicar sus opciones. Es cierto que una vez que comenzó a funcionar el monasterio que Juana fundó en Madrid, las Descalzas Reales, muchas de sus visitas fueron a este monasterio<sup>87</sup>. Por eso, al publicar el papa una bula prohibiendo entrar y pernoctar en los monasterios de clausura, las quejas y críticas por parte de la nobleza española fueron numerosas, empezando por misma la reina. Ella insistió que no le podían impedir estas visitas y solicitó la renovación del permiso que le había concedido Paulo IV<sup>88</sup>. Naturalmente, había fiestas especiales todo el año como en Reyes, Cuaresma, San Juan, etc., en las que también tenían lugar corridas de toros, juegos de caña y justas, banquetes, saraos etc. Las buenas noticias se celebraban también de forma parecida, ya fuesen victorias militares —por ejemplo, la procesión para dar gracias a Dios por la victoria de Malta organizada en Segovia el 11 de octubre de 1565 y las fiestas asociadas con ella<sup>89</sup>— o, como veremos, el anuncio de embarazos reales y los nacimientos de las infantas. Las bodas palaciegas también atraían a la nobleza a la corte y se celebraban con actos similares. Ciertos actos solemnes, como el juramento del príncipe Carlos o los funerales regios, atraían a una numerosa concurrencia y, aun cuando no concluyeran en grandes banquetes, cumplían importantes funciones personales, sociales y políticas.

El gusto de Isabel por salir del palacio se confirma por las muchas visitas que organizaba a ermitas, monasterios y huertas, donde con frecuencia comía o merendaba y disfrutaba de bellos paisajes. Aun cuando se trataba de estas breves visitas, salir del palacio era toda una ceremonia. Requería la presencia del mayordomo, del caballero mayor y de otros caballeros principales de la casa, amen de las damas. También ofrecían ocasión para admitir a la presencia regia a personajes importantes de paso por la corte, entreteniéndose así ambas partes. Se le permitía el honor de acompañar a la reina o a la princesa, como lo hizo en más de una ocasión

<sup>87</sup> Sirva de ejemplo la visita a las Descalzas para celebrar las vísperas de San Eugenio, ANTT, CGSO, libro 210, ff.17r-19r, Pereira a Sebastián, Madrid 17 de noviembre de 1566.

<sup>88</sup> Archivio Segreto Vaticano, Segretaria di Stato, Spagna (de aquí en adelante ASV, SS, Sp.) 1, f.212, s.d.

<sup>89</sup> ANNT, CGSO, Libro 105, ff.237v-238r, Pereira a Sebastián, Madrid 12 de octubre de 1565.

el príncipe de Toscana a finales de 1562<sup>90</sup>. Todo ello implicaba gastos de viaje y de comida extraordinarios. Isabel le cogió tal gusto a estas visitas que se hicieron cada vez más frecuentes. Su salud algo quebradiza brindaba una excusa excelente para salir y pasear al aire libre.

La reina dedicaba mucho tiempo también a actos protocolarios. Si dejamos a un lado al embajador francés, a quien se le permitía un acceso inaudito —con licencia del rey— e iba a visitar a la reina casi siempre una vez a la semana, vemos pasar por sus salones a grandes y aristócratas que acudían a visitar la corte y, en particular, al resto de los embajadores residentes. Estos aprovechaban habitualmente los incidentes más nimios para solicitar entrada a los salones regios: una feliz noticia o un pésame, fuese por un acontecimiento político o personal; las despedidas antes de salir el rey o la reina de viaje y el recibimiento cuando regresaban; la presentación o despedida de un embajador o enviado especial; el pésame cuando enfermaba cualquier miembro de la familia y la enhorabuena cuando se recuperaba, etc. Precisamente porque carecían de sustancia estos encuentros —o por expresarlo con más exactitud, porque eran de carácter rutinario— los corresponsales dedican pocas palabras a relatarlos, fuese con quien fuese. Pero es notable que en la documentación de la época encontremos más comentarios relativos a lo que dijo o hizo la princesa Juana en estas ocasiones que a las reacciones de Isabel. Una vez más debemos recordar la juventud de la reina y su falta de experiencia en comparación con Juana, pero aún así cabe preguntarse por qué no hubo variación una vez que la reina fue adquiriendo más edad y experiencia. Los embajadores de vez en cuando hacen alguna referencia al carácter bondadoso y agradable de la reina y poco más. Si aluden a sus respuestas es habitualmente con una frase genérica que nos da a entender que ella les había dado las gracias cortésmente, agradeciéndoles la visita y, a veces, pedido información sobre la salud del príncipe a quien representaban<sup>91</sup>. Es significativo que dos ejemplos que hemos recogido, por aparentar respuestas fuera de lo ordinario, resulten ser idénticos y una frase también muy popular. Las experiencias del embajador portugués, don Francisco Pereira, ilustran muy bien el comportamiento de la reina. Pereira la comenzó a tratar a finales de 1562. En abril de 1563, después de varias visitas de cortesía, se atrevió a ofrecer un comentario sobre ella, diciendo que era una joven de excelente condición y que siempre le respondía de la misma forma, declarando su alegría por recibir los oficios de cumplimento que él le hacía de parte de la familia real portuguesa y ofreciéndose cortésmente y con muy buena voluntad a servirles<sup>92</sup>. Hasta este punto, la experiencia se repite en la correspondencia de los embajadores de potencias italianas que he

<sup>90</sup> ASF, MP, Sp, F4894, ff.604-5 Arezzo al duque de Toscana, Madrid 24 octubre de 1562, *ibid.*, ff.608-613, Madrid 5 de noviembre de 1562.

<sup>91</sup> ASF, MP, Sp 4894, ff.13-14, Obispo d'Arezzo al duque Cósimo de Médicis, Toledo, 25 de abril de 1560.

<sup>92</sup> Por ejemplo: ANTT, CGSO, Libro 105, ff.36r-37r, Pereira a la reina Catalina, Madrid, 17 de abril de 1563, «he da melhor condiçao q se pode ymaginar». Sirva de otro ejemplo de visita de cortesía la del embajador Giovanni Soranzo, para demostrar que no era solo costumbre de estados principescos. ASVen, AP, Sp, 4, Soranzo al Senado, Madrid 11 de junio de 1564. Visitó al rey, a la reina, a los príncipes Carlos y Juana, a don Juan de Austria y a los señores del consejo, como también lo hicieron los otros embajadores, para alegrarse con ellos del regreso del rey desde Aragón. Todos le recibieron muy bien.

investigado. En julio de 1564, dio audiencia al embajador luso para recibir la enhorabuena de Catalina de Habsburgo por la recuperación del rey Felipe de una breve enfermedad. Isabel le dijo que había confiado en que la enfermedad del rey duraría poco porque sabía que la reina Catalina ofrecía tantas oraciones a Dios por su salud. No es coincidencia que la princesa Juana saliese con una frase idéntica en la misma ocasión ni tampoco que la propia Isabel la repitiese años después ante el nuncio, trocando al papa por la reina de Portugal<sup>93</sup>.

No nos sorprendería, pues, si alguien sugiriera que a la joven reina le aburrían estos encuentros rutinarios. Pero resulta haber sido todo lo contrario. Le gustaban, y tanto, que en 1564 Pereira intentó justificar su inclinación por ellas y por su estilo de vida. La culpa, como explicó a los soberanos portugueses, era del rey quien no atendía lo bastante a su mujer. Isabel se aburría. «A proue moça», comentaba. «El Rey a ve de 24 a 24 horas e ela pasa o tempo en dançar todo dia». Y cuando no bailaba, se distraía con las visitas. Admitía el embajador, con toda su indulgencia y favor hacia Isabel, que la reina no hacía otra cosa durante el día, pero insistía en atribuir este modo de vida y su pasión por recibir gente a las ausencias del rey. Era el resultado inevitable de la falta de compañía de su marido<sup>94</sup>. Lo cierto es que Felipe II era consciente de los gustos de su mujer y, no solo los toleraba, sino que a veces hasta le proporcionaba más visitas. En junio de 1564, por ejemplo, a sabiendas de que llevaba días deprimida por la rabieta que le había provocado saber que no estaba embarazada, el rey preguntó al embajador veneciano, Giovanni Soranzo, si había visitado recientemente a Isabel. Cuando supo que no, le sugirió que fuese a visitarla y a darle ánimos, ya que estaba algo triste<sup>95</sup>. Parece ser que debido a sus gustos, y muy de acuerdo a lo que sabemos sobre su falta de control de su casa, Isabel permitía visitas a todas horas, o por lo menos cuando no debía. El embajador francés Saint Sulpice tenía razón cuando comentó, a principios de 1563, que en estas materias las costumbres francesas e hispanas eran incompatibles. Mientras que en España se rodeaban de ceremonias y requerían que se les hiciese todo honor, en Francia «nos criamos con cierta libertad y los príncipes, aunque conservan su grandeza, tienen costumbre de ser gratos a todo el mundo»<sup>96</sup>. Las ordenanzas que redactó el rey en torno a 1570 para la casa de la reina Ana sirven una vez más de comentario crítico sobre las costumbres de Isabel. Se dio orden para controlar el acceso a la reina y evitar los excesos anteriores. Los oficiales de Ana tenían tajante-

<sup>93</sup> ANTT, CGSO, Livro, 105, ff.115v-116r, Pereira a Catalina, Madrid 21 de julio de 1564, «per que sabia com quanta força v.a. avia de peder sua saude a nosso sr.»; BNM, mss. 8246, pp. 260-1, Rossano al Cardenal Alessandrino, Madrid 15 de enero 1567. La reina es devotissima al papa y cree que las oraciones que el papa dedica son lo que « tenghino sani il Rè, et lei».

<sup>94</sup> ANTT, CGSO, Livro 105, ff.67r-68v, Pereira a Catalina de Habsburgo, Madrid 26 de julio de 1564. Las visitas, dijo, le servían «para sentir menos a pouca Conuersaçao co[n] seu marido».

<sup>95</sup> ASVen, AP, Sp., 4, ff.159r-160r, Soranzo al Senado, Madrid, 1 de junio 1564. El rey no le dijo la causa, solo que llevaba días triste por no haberle resultado algo que quería ver realizado.

<sup>96</sup> E. CABIÉ, *Ambassade en Espagne de Jean Ebrand, seigneur de Saint-Sulpice, de 1562 à 1565*, Albi, 1903, p. 109, Saint Sulpice a la corte de Francia, 19 de enero de 1563: «plongés en cérémonies et voulans eux seuls être honorés, là où en France l'on est nourri en quelque liberté et les princes, bien qu'ils y retiennent leur grandeur, ont accoutumé d'être gracieux à un chacun.»

mente prohibido dejar entrar a nadie a las salas de la reina sin haber solicitado y recibido previa licencia de ésta para realizar su visita. Una vez que ella accedía a recibirles, debía advertírsele a la Camarera Mayor y ésta al Mayordomo de turno para que todos supiesen quién iba y a qué hora se le recibiría. De ahora en adelante, todas las visitas de la reina se harían dentro de los horarios designados para ello y estos debían ser cuando estaban los porteros a la puerta, y no «a oras extraordinarias y prohibidas»<sup>97</sup>.

La familia real tenía siempre el mismo problema: brindar el acceso a sus personas, pero de manera limitada, manteniendo su distancia hierática, y en ciertos casos, protegiendo un mínimo nivel de intimidad. El acceso era imprescindible para la nobleza y para todos aquellos que buscaban el favor real, pero la demanda era tal que se tenía que proteger a la real familia del acoso de todos aquellos que pedían algún favor o que sentían simple curiosidad por tratar a estos personajes sacralizados. Por eso el rey, la reina y el príncipe ofrecían ciertas oportunidades de acceso sin audiencia, como era el recorrido que hacían desde sus salas privadas o desde el palacio al lugar donde oían misa. Y más importantes aún era las comidas públicas. Una ceremonia que cumplía varios fines. Era, antes que nada, una proyección de poder, particularmente gracias al ritual borgoñón. No es fácil medir la impresión que debía provocar entrar en las salas del palacio decoradas con muebles y tapicerías riquísimos, con salvas y otros objetos de plata y oro a la vista, y tener la oportunidad de ver al rey, la reina o el príncipe sentados solos en una mesa ricamente aderezada, servidos por aristócratas que iban traspasando las fuentes de comida de un persona a otra, en un complicado ballet ceremonial. En el caso de la reina, el plato finalizaba su solemne trayectoria al ser presentado por una dama de alta alcurnia arrodillada. Era tanto el honor de ofrecerle la servilleta o el bacín de agua en el que se lavaba las manos, que pocos nobles podían soñar con ser llamados a participar en estas ceremonias. La mayoría se limitaban a observar. Como hemos visto, Isabel comenzó a hacer sus comidas públicas de acuerdo con el nuevo ceremonial en junio de 1560 y, desde entonces, estas ocasiones eran visita obligada para cualquier dignatario que pasaba por la corte. Durante la estancia del príncipe de Toscana en Madrid, en 1562-63, por ejemplo, no pasó día que no fuera a ver comer al rey, la reina o el príncipe acompañado de tres o cuatro caballeros. Gracias a su alto rango tenía la entrada garantizada, pero otros debían negociar y rogar para que les dejaran entrar<sup>98</sup>. Aparte del espectáculo y de la música con que se entretenía al príncipe y a los invitados, estas ocasiones eran muy codiciadas porque brindaban la oportunidad de entrar en contacto con otros personajes principales fuesen miembros de la casa real o simples visitantes. Al comer Isabel o Juana en público tenían la oportunidad de observar y tratar a las damas. Era un punto de encuentro obligado para los grandes y los que aspiraban a ser alguien.

97 BNM, mss.10.129, ff.75-91, Instrucción, «Quando alguna señora quissiere yr a palacio se a de preguntar a la Camarera Mayor, quando, y a que oras de las que estuuere ordenado lo podra hazer, y quando entendiere de la Reyna la ora auisara dello al may[or]do[m]o mayor ... han de ser q.do los porteros tienen las puertas, y no a oras extraordinarias y prohibidas.»

98 ASF, MP, Sp, F4894, ff.601-3, Arezzo al duque de Florencia, Madrid 10 de octubre de 1562.

La vida de la reina variaba mucho de estar en la corte —o sea en la sede de la casa y corte, al principio en Toledo y más tarde en Madrid— o en las jornadas que se hacían a los palacios reales de su entorno, particularmente a Aranjuez y al Bosque de Segovia, al que también se conoce como Valsaín. En la corte, el rey estaba ocupado con negocios y, aunque la visitaba con frecuencia, es una figura distante en el Diario que tenemos de la vida de la reina durante 1560-61. Aparte de sus visitas, raras veces coincidían en alguna fiesta —como la boda de una de las damas de Juana, o a ver los toros—. Pero en Aranjuez o en el Bosque de Segovia sucedía todo lo contrario. El rey atendía a todos los detalles, organizando actividades adecuadas para toda la familia. En estos pequeños palacios la familia real podía hacer una vida más íntima y relajada. Iban con pocos sirvientes, los de mayor confianza, compartiendo los criados que llevaba el rey para cubrir la mayoría de las necesidades. Habitualmente comían juntos una vez al día y se reunían durante el día para pasear y cazar. En estas ocasiones hasta el rey participaba en aquellos divertimientos que normalmente se hacían en los salones privados de la reina y princesa, como oír cantar y ver bailar a las damas. La inclinación de Isabel por el Bosque de Segovia se debía, como explicó en 1562 el embajador Saint Sulpice, en parte a la belleza del lugar «y aún más porque allí ve al rey con más frecuencia de lo que ocurre aquí, donde pasa casi todo el día ocupado con negocios»<sup>99</sup>. La vida que llevaban en estos lugares de placer era, tanto a juicio de los participantes como de los observadores, considerada idílica. Eran sitios bellos con mucha caza y pesca, con oportunidades excelentes para pasear en jardines preciosos o en bosques. Al menos los hombres nadaban en ríos y lagos. Tenían libertad para salir solos o con poca compañía. En el caso de Isabel, salía con sus damas o acompañada de Juana y las suyas, pero sin tener que ser escoltadas por otro hombre más que por un mayordomo y a veces aún sin él. No guardaban horas fijas, cosa que complacía mucho a Isabel. Las comidas podían ser simples, sin gran ceremonia. A veces ni se molestaban en poner mesas, comiendo sobre manteles extendidos en el balcón. Recorrían los jardines y paseos haciendo travesuras impensables fuera de estos recintos. Una de ellas, bien conocida, fue la escapada que hizo la reina con sus damas y durante la cual ordeñaron una vaca, poniendo la leche en el sombrero de la reina que luego sirvió también de fuente para mojar el pan en ella. La reina disfrutó enormemente de este banquete improvisado. Fue en Aranjuez donde Isabel persuadió a la princesa Juana para que montara a caballo a la francesa —lo que le costó más de una caída. Entre los pocos que se permitieron compartir estos placeres, y brevemente, estuvo Alejandro Farnesio, príncipe de Parma, y visitantes de gran importancia como los príncipes de Toscana y Urbino<sup>100</sup>.

<sup>99</sup> E. Cabié, op. cit., p. 79, Saint Sulpice a Catalina, 8 de octubre de 1562: «Lad. maison du Bosc lui a été agréable pour la commodité des galleries, jardrin (sic.) et fontaines que y sont, mais plus parce qu'elle y voyait plus souvent le roi qu'elle ne fait ici, où il est quasi tout le long du jour occupé aux affaires.»

<sup>100</sup> A. González de Amezúa y Mayo, op. cit., III, n. XX, pp. 106-120, Diario, 1560-1, estos incidentes en pp. 112-3. No hay apenas variantes en las otras descripciones de visitas semejantes durante la vida de la reina, como se puede ver por los documentos aquí incluidos o en el material que se incluye en el tomo II, por ejemplo pp. 47-9 viajes de 1562-3, etc.

La abundante documentación no deja lugar a dudas: la vida de Isabel no cambió mucho entre 1560 y 1568, ni tampoco su carácter. Acaso sus salidas a «merendar» o comer fuera a las huertas y monasterios eran más frecuentes en 1568, a veces diarias, mientras se lo permitían su salud y sus embarazos. Eran también más frecuentes las comedias y las máscaras. Pero gran parte del día lo dedicaba, como antes, a vestirse, a la misa, a los juegos de cartas o de dados, a escuchar música y danzar, y a las charlas interminables con sus damas. Es probable también que las visitas aumentaran dado su gusto hacia ellas y su liberalidad para concederlas. Luego, una o dos veces al año, hacía esas deliciosas estancias en Aranjuez o Segovia<sup>101</sup>. Sus virtudes seguían siendo las mismas: amable, liberal y casi siempre de buen humor, evitando situaciones conflictivas. Tampoco habían cambiado mucho sus defectos, como de nuevo nos informa su madre en octubre de 1568. Catalina de Médicis seguía preocupada por la falta de ejercicio de Isabel, por su costumbre de echarse en cama a la más mínima jaqueca, su afición a comer cuando se le antojaba y varias veces al día..., su vida desordenada, en fin. La madre, a estas alturas, echaba la culpa al rey por consentir tanto a su hija y le amonestaba que Isabel necesitaba una mano más dura para poner en regla su vida. Sólo entonces mejoraría su salud y su capacidad para tener hijos<sup>102</sup>. Detrás de todo ello latía el fuerte deseo de Catalina de que su hija complaciera al rey y fuese adquiriendo más influencia sobre él. En la segunda parte de nuestro estudio analizaremos las razones por las cuales no había conseguido aún este impacto político que tanto interesaba a su madre. Ahora bien, el estudio de su casa nos ha proporcionado ya gran parte de explicación. La falta de control y el desorden de Isabel no pudo complacer a un hombre como Felipe II, por mucho que se pudo deleitar con el buen carácter y juventud de su esposa. La parcialidad por Francia de la reina fue un elemento importante también.

El análisis de la casa de Isabel de Valois nos brinda unos datos muy interesantes sobre la corte del siglo XVI. Hace resaltar la importancia del personaje regio a la hora de controlar y dar orden dentro de la casa. La institución dependía en gran medida de la atención y autoridad de la reina (o del rey o príncipe). No estaba adaptada para tener a su cabeza una persona joven o incapacitada. Resalta el hecho de que no existiesen suficientes controles para limitar la acción de la reina, incluso en cuestión de gastos —hasta llegar al despilfarro mayor. Estaban más limitados en lo que toca al comportamiento del personaje regio con la nobleza, porque se reconocía el derecho de éstos al honor y reputación, pero tampoco existían mecanismos efectivos para regular estas relaciones. Pese a las costumbres y ceremonias que regían las vidas de los príncipes de la época, el sistema mantenía suficiente flexibilidad como para permitirles expresar e imponer su personalidad, aún siendo jóvenes. La lección que aprendió Felipe II de estos años tendría un impacto importante para las etiquetas y ceremonias de las princesas y reinas posteriores, pues le impulsó a redactar normas nuevas mucho más estrictas, que limitarían el campo

<sup>101</sup> A. González de Amezúa y Mayo, op. cit., II p. 446, pp. 462-8.

<sup>102</sup> A. González de Amezúa y Mayo, op. cit., II, pp. 514-5 citando carta de Catalina de 17 de octubre 1568. No sabía que ya estaba muerta su hija.

de acción y de libertad de las mujeres en la corte de los Austrias. Es paradójico, pero sin duda el carácter de Isabel, su modo de vida y su mecenazgo contribuyeron en gran medida a forjar esa imagen positiva que ha perdurado hasta nuestros días. Sin embargo debemos preguntarnos si podía haber continuado la situación así por mucho tiempo. No se le hubiera impuesto un ritmo de trabajo mayor, pero sí es probable que requiriesen reformas radicales para reducir sus gastos y el nivel de endeudamiento. No se puede descartar tampoco que se le hubiera insistido en ajustar su comportamiento y restringir su libertad, especialmente en lo que tocaba a las visitas y las reglas a seguir por sus damas. Es posible que la muerte salvase a Isabel de verse sometida a más controles, ya que queda claro que su modo de vida no complacía a muchos y no promovía, como acertadamente intuyó su madre, unas relaciones estrechas ni profundas con Felipe II.

**Cuadro I. La casa de la Reina Isabel de Valois en c.1560 y c.1566<sup>103</sup>**

Sección	Oficio	Nombre	1560	1566
/	<b>Camarera Mayor</b>	Condesa de Ureña <sup>104</sup>	x	
	Camarera Mayor	Duquesa de Alba <sup>105</sup>		[x]
/	Guarda Mayor	D <sup>a</sup> Isabel de Castilla* <sup>106</sup>	x	x
/	Guarda Menor	Mme. De Vineux	x	
	Guarda Menor	D <sup>a</sup> María de Peralta* <sup>107</sup>		x
		[D <sup>a</sup> Catalina de Sandoval]		[x]
/	<b>Guarda de damas francesas</b>	Madeleine de Remefort <sup>108</sup>	x	

<sup>103</sup> Las fuentes principales de este cuadro son las múltiples cuentas de la casa de la reina en AGS CSR 82 s.f., especialmente las cuentas y finiquitos de Sigoney, Luis de Villa y Melchor de Herrera. También utilizamos a González de Amezúa y Mayo, op. cit., III las listas de la casa n. XXI, pp. 120-22 y n. CXXXVI, pp. 363-6, y el Testamento de la reina, n. CXXXIII, pp. 348-357. Decidí comparar los años 1560 y 1566 para dar una idea de como evolucionó la casa. En algunos casos añado nombres que tengo para otros años para rellenar el cuadro. La ortografía de los oficiales, especialmente con los nombres franceses e Italianos provoca algún problema por lo cual en las notas doy variantes [Vars.]. Los nombres señalados con una estrella [\*] son los individuos escogidos por la reina en su Testamento, dejándoles alguna merced especial. Recibieron una mención genérica las mozas y pajes pero opino que esta selección da una idea de quienes eran los más favorecidos en 1566. En vez de seguir el orden habitual de las cuentas, decidí cambiar de sitio algunas de las secciones y repartir la sección mixta que se llama Furriera para crear una lista más temática y ordenada. Las fechas en paréntesis en las notas aluden a cuando comienzan ciertos oficiales a recibir gajes de la nueva casa de Isabel, en algunos casos es el día preciso que comenzaron a servir, en otros –en su mayoría los sirvientes que quedaron de la casa francesa– el día que se traspasaron de otras cuentas, permitiendo formar una idea de como se fue creando la casa en 1560.

<sup>104</sup> Doña María de la Cueva. Murió en abril de 1566. Dos de sus hijas sirvieron de damas: D<sup>a</sup> Leonor y D<sup>a</sup> Magdalena Girón.

<sup>105</sup> Doña María Enríquez de Guzmán, mujer del III duque de Alba. Sirvió de interina a partir de junio de 1566 y recibió el nombramiento fijo en febrero de 1567.

<sup>106</sup> Gajes: 1 de junio de 1560 para ella y dos de sus hijas que eran damas, D<sup>a</sup> Ana y D<sup>a</sup> Estefanía Manrique.

<sup>107</sup> Se menciona como tal en el testamento de la reina, pero poco después figuraba la dama D<sup>a</sup> Catalina de Sandoval como Guarda Menor.

<sup>108</sup> Se le pagó hasta fin de abril de 1561 siendo del grupo que regresó a Francia en mayo.

## Cuadro I. La casa de la Reina Isabel de Valois en c.1560 y c.1566

Sección	Oficio	Nombre	1560	1566
<b>Damas</b>	Dama	Ann de Montpensier <sup>109</sup>		x
<b>Francesas<sup>110</sup></b>	Dama	Madame de Clermont	x	
	Dama	Ane Dais (Gutinières) <sup>111</sup>		x
	Dama	Madeleine de Noyant	x	
	Dama	Philippine de Fumel	x	
	Dama	Marie de Fumel	x	
	Dama	Françoise de Montal	x	
	Dama	Gilberte de Cavannes (Curton)	x	
	Dama	Ann de Catiloy <sup>112</sup>		x
	Dama	Sofonisba Anguisciola* <sup>113</sup>	x	x
	Dama	Leonor de la Rivière* <sup>114</sup>	x	x
	Dama	Jeanne de Jacincourt <sup>115</sup>	x	
	Dama	Estefanie de Jacincourt*		x
	Dama	Isabel de Sursilly y de Arne* <sup>116</sup>	x	x
	Dama	Marta de Santena* <sup>117</sup>	x	x
	Dama	Luisa de Saint Ligier* <sup>118</sup>	x	x
	Dama	Ann de Riberac* <sup>119</sup>	x	x
	Dama	Doña Claudia* <sup>120</sup>	x	x

<sup>109</sup> Ann de Bourbon-Montpensier era prima de la reina y vino con ella de Francia. Recibió sus gajes hasta fin de abril marchando con ella a Francia: Ramefort, Clermont, Gutinières, Noyant, las Fumel, Montal y Curton.

<sup>110</sup> Suelen referirse a estas damas con el título genérico de Madamisela y el apellido.

<sup>111</sup> Esta y otras francesas se conocían por sus apodos.

<sup>112</sup> Se traspa a la nueva casa el 1 de junio de 1560.

<sup>113</sup> Famosa pintora Italiana que vino en el séquito de la reina de Francia y quedó sirviéndole hasta su muerte, dejándonos algunos de los retratos más notables de la familia regia.

<sup>114</sup> Vars.: Renbere. Hija de Madame de Vineux, recibiendo gajes de la casa nueva desde el 1 de enero de 1560. Quedó hasta la muerte de la reina. Entre ellos, los reyes contribuyeron más de la mitad de su dote de 20.000 ducados, como se ve por el Testamento de la reina de junio de 1566.

<sup>115</sup> Vars.: Chacincourt, Chasnicurt. En su mayoría los documentos mencionan solo a Madamisela de Jancincourt. En un documento de 1560 figura una tal Jeanne y en otro de 1568 una Estefanie. Puede ser que hicieran relevo dos hermanas, pero también es posible que sea solo una persona y el oficial se equivocase de nombre. Una Madamisela Jancincourt quedó hasta morir Isabel y luego sirvió en la casa de las infantas.

<sup>116</sup> Vars.: Sensili, normalmente conocida como Arne o Arna. Regresó a Francia en 1569.

<sup>117</sup> De familia Piamontesa. Vino con Isabel de Francia. El rey organizó su matrimonio en noviembre de 1566 con Ferrante Gonzaga. Marcharon a Mantua en mayo de 1567. Aparece en la lista de 1560 como Madalena pero se conoce en otras fuentes como Marta Tana. Gajes: 1 de enero de 1560.

<sup>118</sup> Vars.: Sant Ligur, Sanliger. Gajes: 1 de enero de 1560. Regresó a Francia en 1569.

<sup>119</sup> Ibid., Vars.: Riberash.

<sup>120</sup> De la familia de Vineux. Quedó hasta morir la reina y luego en servicio de las infantas.

Cuadro I. La casa de la Reina Isabel de Valois en c.1560 y c.1566

Sección	Oficio	Nombre	1560	1566
<b>Damas</b>	Dama	D <sup>a</sup> Magdalena de Girón <sup>*121</sup>	x	x
<b>Españolas</b>	Dama	D <sup>a</sup> Leonor de Toledo <sup>*122</sup>	x	x
	Dama	D <sup>a</sup> Magdalena de Guzmán <sup>*123</sup>	x	x
	Dama	D <sup>a</sup> María de Padilla <sup>*124</sup>	x	x
	Dama	D <sup>a</sup> Ana Félix de Guzmán <sup>*125</sup>	x	x
	Dama	D <sup>a</sup> Estefanía Manrique <sup>*126</sup>	x	x
	Dama	D <sup>a</sup> Catalina de Sandoval <sup>*127</sup>	x	x
	Dama	D <sup>a</sup> Luisa Manrique <sup>128</sup>	x	
	Dama	D <sup>a</sup> Ana Manrique <sup>129</sup>	x	
	Dama	D <sup>a</sup> Juana de Aragón <sup>130</sup>	x	
	Dama	D <sup>a</sup> Leonor Girón <sup>131</sup>		x
	Dama	D <sup>a</sup> Isabel de Mendoza*		x
	Dama	D <sup>a</sup> María Manrique <sup>*132</sup>		x
	Dama	D <sup>a</sup> Isabel de la Cueva*		x
	Dama	D <sup>a</sup> María de Córdoba <sup>133</sup>		x
	Dama	D <sup>a</sup> Ana de Navarra		x
	Dama	D <sup>a</sup> María de la Cueva*		x
	Dama	D <sup>a</sup> Juana Enríquez		[?1567]
	Dama	D <sup>a</sup> Ana de la Cerda		[?1567]

<sup>121</sup> Conocida como «La Bella». Hija de la condesa de Ureña. Gajes: 1 de junio de 1560. Se casó poco después de morir la reina con el duque de Aveiro.

<sup>122</sup> Gajes: 1 de junio de 1560. Se la escogió para servir a la emperatriz María en Viena en 1567 pero figura como una de las damas a quien se dio traje de luto por la reina en 1568.

<sup>123</sup> Gajes: 1 de junio de 1560. Hija del maestresala López de Guzmán. Expulsada de la corte en febrero de 1567 por su *liason* con el heredero del III duque de Alba.

<sup>124</sup> Gajes: 1 de junio de 1560. Se caso en abril de 1567 con Andrea Gonzaga y probablemente marchó poco después.

<sup>125</sup> Hija del conde de Olivares. Se casó en 1568.

<sup>126</sup> Gajes: 1 de junio de 1560.

<sup>127</sup> Vide nota 107.

<sup>128</sup> Gajes: 1 de junio de 1560. Se casó en 1564 recibiendo 1.000 ducados de la reina.

<sup>129</sup> Gajes del 1 de junio hasta diciembre de 1560. Era hija de la Guarda Mayor y murió algo después, contribuyendo la reina a los gastos del entierro.

<sup>130</sup> Gajes: 1 de junio de 1560. Hija de uno de los maestresalas.

<sup>131</sup> Otra hija de la condesa de Ureña. Se casó con Don Pedro Fajardo y debió salir de la casa algo antes de dar luz en 1566, muriendo durante el parto.

<sup>132</sup> Se casó con Don Rodrigo de Mendoza en 1567. Posiblemente la misma que llegó a ser Aya de la infanta Isabel Clara Eugenia. De ser así era hija de el II duque de Nájera.

<sup>133</sup> Figura en la lista de las damas que recibieron traje de luto al morir la reina, con las subsiguientes: Ana de Navarra, María de la Cueva y Juana Enríquez.

## Cuadro I. La casa de la Reina Isabel de Valois en c.1560 y c.1566

Sección	Oficio	Nombre	1560	1566
<b>Dueñas</b>	Dama	D <sup>a</sup> Isabel Chacón* <sup>134</sup>		[?1567]
	Dueña de Honor	Marquesa de Frómista		[?1568]
	Dueña	D <sup>a</sup> Isabel Díaz* <sup>135</sup>	x	x
	Dueña de Retrete	D <sup>a</sup> Beatriz de Rivera* <sup>136</sup>	x	x
	Dueña	Brianda de Villacorta* <sup>137</sup>	x	x
	[de la reina y de las Infantas]			
	Dueña	D <sup>a</sup> Ana del Aguila <sup>138</sup>	x	
	Aya de las Infantas	D <sup>a</sup> Elvira Carrillo*		
<b>Camaristas</b>	Moza de Cámara	D <sup>a</sup> Isabel de Barros <sup>139</sup>	x	x
<b>Españolas</b>	Moza de Cámara	D <sup>a</sup> María de Ayala <sup>140</sup>	x	x
	Moza de Cámara	D <sup>a</sup> Juana Fialla <sup>141</sup>	x	x
	Moza de Cámara	D <sup>a</sup> Isabel Juárez <sup>142</sup>	[x]	x
	Moza de Cámara	D <sup>a</sup> María Mayor de Mendoza <sup>143</sup>	x	[x]
	Moza de Cámara	D <sup>a</sup> Melchor de Molina <sup>144</sup>		x
	Moza de Cámara	D <sup>a</sup> Beatriz de Argote <sup>145</sup>	x	
	Moza de Cámara	D <sup>a</sup> Mayor Fajardo		x
	Moza de Cámara	D <sup>a</sup> María de la Cerda		x
	Moza de Cámara	D <sup>a</sup> Catalina de Rojas		x
	Moza de Cámara	D <sup>a</sup> María Alcocer		x
	Moza de Cámara	D <sup>a</sup> Catalina de Vera		x
<b>Camaristas</b>	Moza de Cámara	Louise Doucières (Gironville) <sup>146</sup>	x	
<b>Francesas</b>	Moza de Cámara	Angélica Cavila <sup>147</sup>	x	x

<sup>134</sup> Hija de don Hernando de Rojas. Entró en 1567 y se le menciona en el codicilo de Isabel de 1568.

<sup>135</sup> Fue ama del rey. Gajes: 1 de junio de 1560.

<sup>136</sup> Gajes: 1 de junio de 1560.

<sup>137</sup> Gajes: 10 de diciembre de 1560. Sirvió también de dueña de las infantas a partir del nacimiento de Isabel Clara Eugenia en agosto de 1566.

<sup>138</sup> Gajes: 1 de junio de 1560.

<sup>139</sup> Ibid.

<sup>140</sup> Ibid.

<sup>141</sup> Ibid.

<sup>142</sup> Figura en la sección de Retrete en 1560 y luego en esta en 1566.

<sup>143</sup> No esta en la lista de 1566 pero si en las deudas de 1568. Es posible que sirviese posteriormente.

<sup>144</sup> Gajes: 1 de junio de 1560.

<sup>145</sup> Ibid.

<sup>146</sup> Vino de Francia con Isabel y recibió gajes a partir del 1 de enero de 1560. Enfermó a principios de 1562 y se suicidó en marzo.

<sup>147</sup> Vino de Francia con Isabel y se le dan gajes en la nueva casa a partir del 1 de enero de 1560.

**Cuadro I. La casa de la Reina Isabel de Valois en c.1560 y c.1566**

Sección	Oficio	Nombre	1560	1566
	Moza de Cámara	Marie Burgensis* <sup>148</sup>	x	x
	Moza de Cámara	Claire Chesne* <sup>149</sup>	x	x
	Moza de Cámara	Catalina Chambaud <sup>150</sup>	x	
	Moza de Cámara	Petronille de Longuel <sup>151</sup>		[?68]
	Moza de Cámara	Leonor Cavila <sup>152</sup>		[?68]
<b>De Retrete</b>		D <sup>a</sup> Leonor de Vivanco* <sup>153</sup>	x	x
		[D <sup>a</sup> Isabel Juárez] <sup>154</sup>	x	
		Lucia de Vallejo*		x
<b>Labranderas</b>		D <sup>a</sup> María de Montoya		x
		Petronilla de Contreras		x
<b>Lavanderas</b>	De cuerpo	Juliana <sup>155</sup>	x	x
	De cuerpo	Mara van Oberghe <sup>156</sup>		
	De boca	Beatriz de Rosa	x	x
<b>Furriera</b>	Criados de las damas, dueñas, mozas etc. s/n.			
<b>Capilla</b>	Confesor	Fray Juan Consilii <sup>157</sup>	x	
	Confesor	F. Francisco Pacheco <sup>158</sup>	x	x
	Confesor	F. Diego de Cháves <sup>159</sup>		[68]
	Limosnero Mayor	Claude Subletz* <sup>160</sup>	x	x
	Mozo de Capilla	Jacques Ledel <sup>161</sup>		x
	Mozo de Capilla	Juan López*	x	x
	Mozo de Capilla	Leonardo	x	
/	<b>Mayordomo Mayor</b>	Conde de Alba de Liste <sup>162</sup>	x	

<sup>148</sup> Ibid., posiblemente fuese hija del médico de Isabel, dr. Burgensis.

<sup>149</sup> Se le paga desde 1 de enero también y coge las funciones de Gironville.

<sup>150</sup> Es una de las que regresa a Francia con Montpensier et. al. en 1561.

<sup>151</sup> Aunque no la encontré en 1566 figura como una de las mozas que regresaron a Francia en 1569.

<sup>152</sup> Ibid.

<sup>153</sup> Gajes: 1 de junio de 1560.

<sup>154</sup> V. nota 142. Gajes en este primer oficio desde 1 de junio de 1560.

<sup>155</sup> Gajes: 20 de septiembre de 1560. En otros documentos se mencionan otras lavanderas, como Mari Ruíz, o Juana Flor, lavandera de las infantas, pero no es posible decir si tenían puestos fijos en la casa.

<sup>156</sup> Sirvió hasta septiembre de 1560.

<sup>157</sup> Vino con Isabel de Francia y se le pagó todo el año 1560.

<sup>158</sup> Franciscano. Nombrado en diciembre de 1560. Murió en abril de 1568.

<sup>159</sup> Dominicano. Sirvió antes de confesor del príncipe Carlos.

<sup>160</sup> Vino de Francia con la reina. Fue su maestro y confesor, y sirvió de limosnero. Estaba en Francia a principios de 1568 y no se le permitió regresar a España por la influencia que tenía con la reina.

<sup>161</sup> Se cambió a la Tapicería.

<sup>162</sup> Gajes: 2 de diciembre de 1559. Murió el 12 de febrero de 1562.

**Cuadro I. La casa de la Reina Isabel de Valois en c.1560 y c.1566**

Sección	Oficio	Nombre	1560	1566
	Interino	III duque de Alba		
	Mayordomo Mayor	D. Juan Manrique de Lara* <sup>163</sup>		x
<b>Maestresalas/</b>	Maestresala	Lope de Guzmán <sup>164</sup>	x	
<b>Mayordomos<sup>165</sup></b>	Maestresala	D. Alonso de Silva <sup>166</sup>	x	
	Maestresala	D. Diego de Guzmán <sup>167</sup>	x	x
	Mayordomo [de la Reina y de las Infantas]	D. Antonio de la Cueva*		x
	Mayordomo	D. Gómez Manrique*		x
	Mayordomo	D. Juan Velasco <sup>168</sup>		[68]
<b>Pajes<sup>169</sup></b>	Paje	D. Félix de Guzmán <sup>170</sup>	x	
	Paje	D. Francisco de Rojas	x	
	Paje	D. Antonio Pacheco	x	
	Paje	D. Honorato de Carvajal	x	
	Paje	D. Hernando de Toledo	x	x
	Paje	D. Juan de Minchaca	x	x
	Paje	D. Pedro de Acuña	x	x
	Paje	D. Beltrán de la Cueva	x	x
	Paje	D. Antonio de Padilla	x	x
	Paje	D. Gaspar de Tebes	x	x
	Paje	D. Pedro Enríquez		x
	Paje	D. Mendo Enríquez		x
	Paje	D. Juan Coloma		x
	Paje	D. Antonio Coloma		x
	Paje	D. Pedro de Velasco		x
	Paje	El conde de Belchite <sup>171</sup>		x

<sup>163</sup> Cogió el puesto en agosto de 1562.

<sup>164</sup> Gajes: 9 de diciembre de 1560.

<sup>165</sup> Los maestresalas se llamaron posteriormente mayordomos.

<sup>166</sup> Gajes: 24 de agosto de 1560.

<sup>167</sup> Murió en 1566 antes de junio ya que no figura como tal en el testamento de Isabel de ese año.

<sup>168</sup> Figura como tal en el testamento de 1568.

<sup>169</sup> Los pajes que figuran en 1560 comenzaron a recibir gajes a partir del 1 de julio. Regresaron a Francia por esas fechas seis pajes: Domesi, La Forêt, Baquer, Melchior Pelobre, François de Longueval, Melchior de Pelingurg y François de Longue.

<sup>170</sup> Hijo del conde de Olivares.

<sup>171</sup> ¿Sera don Juan Cristobal de Yjar, conde de Beliche?

Cuadro I. La casa de la Reina Isabel de Valois en c.1560 y c.1566

Sección	Oficio	Nombre	1560	1566
	Paje	D. Juan de Borja		x
	Paje	D. Hernando de Saavedra		x
	Paje	D. Carlos de Vineux		x
	Paje	Honorato de Silva		x
<b>Furriera</b>	Contador y Secretario	Pedro de Hoyo <sup>172</sup>	x	x
Furriera	Tesorero	Luis de Villa	x	
Furriera	Tesorero	s/n		x
Furriera	Contralor	Louis Sigoney <sup>173</sup>		x
Furriera	Grefier y Contralor	Francisco de Villalpando <sup>*174</sup>	x	x
Furriera	Grefier	Diego de Rozas <sup>*175</sup>		x
Furriera	Escribano de Cámara	Francisco de Guzmán		x
Furriera	Aposentador Mayor	D. Juan de Puertocarrero <sup>176</sup>	x	
Furriera	Aposentador Mayor	D. Sancho de Padilla*		x
Furriera	Aposentador de Palacio y Guardadamas	Juan de Garnica <sup>*177</sup>	x	x
Furriera	Aposentador de Palacio y Guardadamas	Juan del Castillo <sup>*178</sup>	x	x
Furriera	Aposentador de Palacio y Guardadamas	Pedro Bernal <sup>*179</sup>	x	x
Furriera	Aposentador	Gerónimo de Mieses <sup>180</sup>	x	x
Furriera	Aposentador	Sebastián de Padro <sup>181</sup>	x	x
Furriera	Aposentador	Antonio Carnero	x	x
Furriera	Aposentador	Gerónimo de Linares	x	x
Furriera	Aposentador	Alonso de Herrera	x	x
Furriera	Aposentador	Francisco de Montoya	x	x

<sup>172</sup> Gajes: 24 de agosto de 1560. Murió el 8 de septiembre de 1568. Debió estar poco con la reina ya que tenía igual oficio con el rey. También me pregunto quién servía a la reina de secretario francés ya que no figura en estas listas nadie con tal título y tres de ellos regresaron a Francia en mayo de 1560.

<sup>173</sup> Debió ser bilingüe y sirvió en la casa del rey y de la reina, donde se le dan gajes a partir del 10 de diciembre de 1559. Tenía múltiples responsabilidades, desde las cuentas a la compra de cera para la casa de la reina.

<sup>174</sup> En 1560 figura como grefier, comenzando sus gajes el 1 de abril, pero en 1566 tiene ya título de contralor.

<sup>175</sup> Figura como Ayuda de Guardajoyas en 1560.

<sup>176</sup> Gajes: 24 de agosto de 1560.

<sup>177</sup> Gajes: 7 de abril de 1560.

<sup>178</sup> Gajes: 1 de julio de 1560.

<sup>179</sup> Vars.: Bernabe. Gajes: 1 de julio de 1560.

<sup>180</sup> Gajes: 15 de mayo de 1560.

<sup>181</sup> Gajes de Padro, Carnero, Linares, Rojas y Montoya: 1 de junio de 1560.

**Cuadro I. La casa de la Reina Isabel de Valois en c.1560 y c.1566**

Sección	Oficio	Nombre	1560	1566
Furriera	Aposentador de la Casa	Lucas de Valderrama	x	
Furriera	Aposentador	Antonio de Avila	x	
Furriera	Aposentador	Juan de Rojas	x	
Furriera	Aposentador	Gerónimo del Marco	x	
Furriera	Aposentador	Francisco de Morales	x	
Furriera	?	Guion de la Cuture <sup>182</sup>	x	x
Furriera	?	Campo <sup>183</sup>		x
Furriera	?	Juan de Queçedo		x
Furriera	?	Juan Méndez		x
Furriera	?	Juan de Santa Cruz		x
Furriera	Guardajoyas y Guardarropa	Cristóbal de Oviedo* <sup>184</sup>	x	x
Furriera	Ayuda de Guardajoyas	Luis Gutiérrez <sup>185</sup>		x
Furriera	Ayuda de Guardajoyas	Diego de Rozas <sup>186</sup>	x	
Furriera	Ayuda de Guardajoyas [luego Grefier]	Juan de Nápoles* <sup>187</sup>	x	x
Furriera	Ayuda de Guardarropa	Juan de Barrientos <sup>188</sup>	x	
Furriera	Ayuda de Guardarropa	Leonardo de Leche <sup>189</sup>	x	
Furriera	Mozo de Guardajoyas [y Guardarropa]	Juan [Martínez] de Santiago <sup>190</sup>	x	x
Furriera	Mozo de Guardajoyas	San Juan de Liaño	x	
Furriera	Mozo de Guardarropa	Pedro Flores	x	x
Furriera	Sastre de S.M.	Eduard de la Cat <sup>191</sup>	x	

<sup>182</sup> Aparece en 1560 sin oficio pero en la sección de estado de damas, y en 1567 también sin oficio al lado de los aposentadores.

<sup>183</sup> Solo figura el apellido. Este y los otros tres, como Nápoles, carecen de oficio y se ponen entre los aposentadores y los guardajoyas y guardarropas. En ambos grupos hay vacantes que pudieron rellenar.

<sup>184</sup> Gajes: 1 de abril de 1560.

<sup>185</sup> Gajes: 1 de enero de 1560.

<sup>186</sup> Vars.: Rocas. Gajes: 1 de junio de 1560.

<sup>187</sup> Figura como Ayuda de Guardajoyas y se ve que era un favorito de la reina, quien le da merced en su testamento de 1566. Por este tiempo se le ascendió al cargo de Grefier.

<sup>188</sup> Gajes: 1 de junio de 1560.

<sup>189</sup> En un documento pone que se le llamaba Nápoles.

<sup>190</sup> Figura un Juan Martínez de Santiago como Mozo de Guardarropa en 1560 y un Juan de Santiago como Mozo de guardajoyas en 1566. He asumido que son la misma persona.

<sup>191</sup> Vars.: Kat, Cate. Era sastre de la persona de Su Majestad. Vino de Francia y sus gajes en la nueva casa comenzaron el 1 de enero de 1560. Las cuentas de la reina tienen muchos pagos a otros sastres también, pero éstos no tenían plaza en la casa.

## Cuadro I. La casa de la Reina Isabel de Valois en c.1560 y c.1566

Sección	Oficio	Nombre	1560	1566
<b>Tapicería</b>	Tapicero Mayor	Lope Osorio		x
Tapicería	Tapicero y Bordador	Ane Vespier <sup>192</sup>	x	
Tapicería	Ayuda de Tapicería	Juan de Santa Cruz <sup>193</sup>	x	
Tapicería	Ayuda de Tapicería	Pedro de Medina <sup>194</sup>	x	x
Tapicería	Ayuda de Tapicería	Jacques Ledel <sup>195</sup>		x
Furriera	Mozo de Tapicería	Raymond Favre		x
Furriera	Mozo de Tapicería	Thomas de Ras	x	x
<b>Furriera</b>	Maestresala de Damas	Juan de Carvajal <sup>196</sup>	x	x
Furriera	Ayuda de Maestresala de Damas	Francisco de Alderete	x	
Furriera	Ayuda de Maestresala de Damas	Antonio Sotelo	x	
Furriera	Ayuda	Francisco de Lucero		x
Furriera	Ugier de Saleta	Lucas del Corral <sup>197</sup>	x	x
Furriera	Ugier de Saleta	Hernando Lucero <sup>198</sup>	x	x
Furriera	Ugier de Saleta	Juan de Espinosa <sup>199</sup>	x	x
Furriera	Ugier de Saleta	Juan de Quecedo <sup>200</sup>	x	
Furriera	Ugier de Saleta	Juan Rodríguez		x
Furriera	Mozo de estado de Damas	Juan de Villesante		x
Furriera	Mozo de estado de Damas	Pedro Castillo		x
Furriera	Ugier/ Repostero de Cámara	Antonio de Rojas <sup>201</sup>	x	x
Furriera	Ugier de Cámara	Pedro de Magallanes*	x	x

<sup>192</sup> Otro francés que quedó, transfiriéndose sus gajes desde el 1 de enero de 1560. Con él sirvió hasta mayo Nicolas Belaim, cuyo puesto se debió coger Medina.

<sup>193</sup> Gajes: 1 de junio de 1560. Es posible que sea el mismo que aparece en 1566 sin mencionarse su oficio.

<sup>194</sup> Gajes: 15 de mayo de 1560.

<sup>195</sup> El antiguo mozo de la capilla véase n. 161.

<sup>196</sup> Gajes: 1 de septiembre de 1560.

<sup>197</sup> Gajes: 14 de abril de 1560.

<sup>198</sup> Gajes: 1 de enero de 1560.

<sup>199</sup> Gajes: 14 de abril de 1560.

<sup>200</sup> Ibid.

<sup>201</sup> Gajes como Ugier, 5 de febrero de 1560, pero posteriormente figura como repostero. Puede ser que el título cambió, como en el caso de los maestresalas-mayordomos, ya que parece haber cierta ambigüedad en otros casos parecidos también, a veces figurando uno, otras el otro, y en ocasión ambos títulos.

## Cuadro I. La casa de la Reina Isabel de Valois en c.1560 y c.1566

Sección	Oficio	Nombre	1560	1566
Furriera	Ugier y Repostero de Cámara	Juan de Perea* <sup>202</sup>	x	x
Furriera	Ugier de Cámara	Cristóbal de Isla de Villadiego <sup>203</sup>	x	
Furriera	Repostero de Cámara	Josepe Francos* <sup>204</sup>		x
Furriera	Portero de Damas	Beltrán de Villanueva <sup>205</sup>	x	x
Furriera	Portero de Damas	Sebastián Ortiz <sup>206</sup>	x	x
Furriera	Médico de Cámara	Dr. Vincent de Monguion* <sup>207</sup>	x	x
Furriera	Médico de Familia	Dr. Juan de Santiago* <sup>208</sup>	x	x
Furriera	Médico de Familia	Dr. Antonio de Paz*		x
Furriera	?	Dr. de la Vega*		x
Furriera	Médico de Casa y de familia	Licdo. Santa Cruz	x	
Furriera	Cirujano de la Familia	Licdo. Juan Fragoso		x
Furriera	Enfermero	Antonio Martínez	x	x
Furriera	Barbero y Sangrador	Diego de Ortega <sup>209</sup>	x	x
<b>Botica</b>	Boticario	Jacques Bobuse <sup>210</sup>	x	x
Botica	Ayuda de Boticario	Francisco de la Rúa <sup>211</sup>	x	x
/	<b>Caballerizo Mayor</b>	D. Fadrique de Portugal* <sup>212</sup>	x	x
<b>Caballeriza</b>	Caballerizo	Juan Rodrigo de Villafuerte <sup>213</sup>	x	x
Caballeriza	Aparejador	Antonio de Ávila <sup>214</sup>	x	x
Caballeriza	Furrier Mayor	Francisco de Sepúlveda <sup>215</sup>	x	x
Caballeriza	Guarda arnés	Juan López	x	x

<sup>202</sup> Gajes: 1 de mayo de 1560.

<sup>203</sup> Gajes: 14 de abril de 1560.

<sup>204</sup> No se le da oficio en la lista pero se le pone después de Perea y ya que no figura más Villadiego es posible que cogiese el puesto vacante.

<sup>205</sup> Gajes: 14 de abril de 1560.

<sup>206</sup> Gajes: 1 de julio de 1560.

<sup>207</sup> Vars.: Monguignon, Mogullon. Vino con Isabel de Francia. Gajes: 1 de noviembre de 1560. Murió en 1568 poco antes de morir la reina.

<sup>208</sup> Gajes: 10 de diciembre de 1560.

<sup>209</sup> Gajes: 1 de agosto de 1560. Figura al principio solo de barbero; posteriormente con ambos títulos.

<sup>210</sup> Vars.: Bobul. Vino de Francia con la reina y comenzaron sus gajes en la nueva casa el 1 de junio de 1560.

<sup>211</sup> Vars.: Larrea. Gajes: 17 septiembre de 1560.

<sup>212</sup> Gajes: 2 de febrero de 1560 pero no sirvió hasta que se marchó el caballerizo francés de Isabel en mayo o junio.

<sup>213</sup> Gajes: 1 de mayo de 1560.

<sup>214</sup> Gajes: 1 de octubre de 1560.

<sup>215</sup> Ibid., ese año se le pone bajo Furriera; en 1566 bajo caballeriza.

## Cuadro I. La casa de la Reina Isabel de Valois en c.1560 y c.1566

Sección	Oficio	Nombre	1560	1566
Caballeriza	Cochero	Alonso de Olivera <sup>216</sup>	x	x
Caballeriza	Literas	Martín Gómez <sup>217</sup>	x	x
Caballeriza	Ayuda de Furrier	Juan Pérez <sup>218</sup>	x	x
	[y Proveedor. Paga a Mozos de Caballeriza y Litera]	s/n		
Caballeriza	Correo de Caballo	Alejo Marqués <sup>219</sup>	x	x
Caballeriza	Correo	Agustín Ribera <sup>220</sup>	x	x
Caballeriza	Fiambrero	Daniel de Sosa <sup>221</sup>	x	x
Caballeriza	Fiambrero	Francisco de Salvatierra <sup>222</sup>	x	
Caballeriza	Fiambrero	Juan Guerra		x
Furriera	Acemilero Mayor	D. Pedro Reinoso <sup>223</sup>	x	x
Furriera	Teniente de Acemilero Mayor	Juan de Salazar	x	
Furriera	Teniente de Acemilero Mayor	Rodrigo de Castro		x
Furriera	Furrier de Acemilería	Juan Ramírez	x	x
Furriera	Ayuda de la Furriera	Juan López de Avilés	x	x
Furriera	Ayuda	Martín Membreño	x	x
Furriera	Mozo de Furriera	Juan del Campo		x
<b>Escuderos de a Pie<sup>224</sup></b>		Juan Olivier Valencia	x	
		Juan Ruíz		x
		Juan de Ávila	x	x
		Martín Ortiz	x	x
		Pedro de Concha	x	x
		Alonso González	x	x
		Miguel de Prado	x	x
		Vasco Hernández	x	x

<sup>216</sup> Gajes: 1 de junio de 1560.

<sup>217</sup> Ibid.

<sup>218</sup> Gajes: 1 de octubre de 1560. No sabemos cuantos mozos servían con él.

<sup>219</sup> Gajes: 1 de octubre de 1560. En otros documentos figura como correo de la Caballería y de caballo.

<sup>220</sup> Gajes: 20 de noviembre de 1560.

<sup>221</sup> Gajes: 1 de noviembre de 1560.

<sup>222</sup> Ibid.

<sup>223</sup> Gajes: 24 de agosto de 1560.

<sup>224</sup> Los nombrados en 1560 recibieron gajes desde el 12 de octubre.

Cuadro I. La casa de la Reina Isabel de Valois en c.1560 y c.1566

Sección	Oficio	Nombre	1560	1566
		Pedro de Castillo	x	x
	Sillero/Guarnicionero	Francisco Ortes <sup>225</sup>	x	x
	Sillero	Miguel Juárez	x	x
<b>Herradores</b>	Herrador	Hernando Garavilla	x	x
	Herrador	Bautista Burgón	x	
	Herrador	Pedro Barroso		x
<b>Lacayos</b>	Lacayo	Alejo Hernández	x	
<b>Espanoles</b>	Lacayo	Alonso de Olivares	x	
	Lacayo	Diego de Rega	x	
	Lacayo	Antonio Hernández	x	x
	Lacayo	Juan del Castillo	x	x
	Lacayo	Pedro Navio	x	x
	Lacayo	Francisco García	x	x
	Lacayo	Pablos García	x	x
	Lacayo	Pedro de la Fuente	x	x
	Lacayo	Juan Muñoz	x	x
	Lacayo	Nicolás Cornejo	x	x
	Lacayo	César de Falces	x	x
	Lacayo	Hernando de Oviedo		x
<b>Lacayos</b>	Lacayo	Arnau Fumel	x	
<b>Franceses</b>	Lacayo	Thomas Gupi	x	
	Lacayo	René Bouchier <sup>226</sup>	x	
	Lacayo	Arne de Buxe		x
	Lacayo	German Dupin	x	x
	Lacayo	Christophe de la Cota	x	x
	Lacayo	Pierre Giberton	x	x
	Lacayo	Bernard d'Arnau	x	x
	Lacayo	Arnau de Tahui		x
<b>Panatería</b>	Sumiller de Panatería	Pedro de Quintanilla <sup>227</sup>	x	
	Sumiller de Panatería	Luis Gutierrez		x
	Ugier de Panatería	Bernabé de Soto <sup>228</sup>	x	x

<sup>225</sup> En 1560 figura como sillero; en 1566 como guarnicionero.

<sup>226</sup> Es posible que éste y el próximo sean la misma persona.

<sup>227</sup> Gajes: 24 de abril de 1560.

<sup>228</sup> Gajes: 22 de junio de 1560.

## Cuadro I. La casa de la Reina Isabel de Valois en c.1560 y c.1566

Sección	Oficio	Nombre	1560	1566
	Ayuda	Domingo de Guiguren <sup>229</sup>	x	x
	Ayuda	Juan Quejeda <sup>230</sup>	x	x
Furriera	Panadero	Pedro Merei	x	
Furriera	Panadero	Juan Frances		x
Furriera	Obliter de Panatería	Diego de la Peña		x
Furriera	Mozo de Panatería	Bernabé de Sevilla	x	x
Furriera	Mozo de Panatería	Antonio de Carrión	x	
Furriera	Mozo de Panatería	Gabriel Vázquez		x
<b>Eschaconería/</b>	Sumiller	Gonzalo Muñoz de Castañeda <sup>231</sup>	x	x
<b>Cava<sup>232</sup></b>	Ayuda	Francisco Vázquez <sup>233</sup>	x	x
	Ayuda	Juan Fabel <sup>234</sup>	x	
	Ayuda	Andrés Carrasco		x
Furriera	Mozo de Cava	Hernando de Cielextrat		x
<b>Cocina</b>	Ecuyer	Diego de Medrano <sup>235</sup>	x	x
	Cocinero Mayor	Florentin d'Orri <sup>236</sup>	x	
	Cocinero Mayor	Guillermo Merchan		x
	Ayuda	Maestre Anthoine	x	x
	Ayuda	Granjean	x	x
	Ayuda	Didier	x	
	Ayuda	Michau	x	
	Ayuda	Michel Dagot		x
	Ayuda	Nicolas Gironet		x
	Portero de Cocina	Diego Vallejo <sup>237</sup>	x	x
	Potagier y Busier	Pedro de Herrera <sup>238</sup>	x	x
	Pastelero	Gil de Formanue <sup>239</sup>	x	x

<sup>229</sup> Vars.: Guiguren, Egueguren. Gajes: 24 de abril de 1560.

<sup>230</sup> Vars.: Quesada, Guedaja. Gajes: 15 de mayo de 1560.

<sup>231</sup> Gajes: 1 de noviembre de 1560.

<sup>232</sup> Se nombra Eschaconería en 1560 y Cava en 1566.

<sup>233</sup> Gajes: 1 de enero de 1560.

<sup>234</sup> Ibid. Vars.: Fabues.

<sup>235</sup> Gajes: 4 de abril de 1560. Por un tiempo en 1560-1 hizo de sumiller.

<sup>236</sup> Vino con Isabel de Francia y se puso en la nueva casa 1 de julio de 1560, a la vez que se incorporaron también los otros franceses de la cocina: Anthoine, Granjean y Didier.

<sup>237</sup> Vars.: Balujo. Gajes: 1 de mayo de 1560.

<sup>238</sup> Gajes: 1 de julio de 1560.

<sup>239</sup> Vars.: Formanoir. Gajes: 1 de julio de 1560. Las cuentas de 1560 también aluden a un Guillermo Jolin, pastelero, pero no tuvo puesto en la casa nueva.

**Cuadro I. La casa de la Reina Isabel de Valois en c.1560 y c.1566**

Sección	Oficio	Nombre	1560	1566
Furriera	Portador de Cocina	Jean de Formanue		x
Furriera	Portador de Cocina	Juan Fero		x
Furriera	Mozo de Cocina <sup>240</sup>	Pierre Bourgeois	[?]	x
Furriera	Mozo de Cocina	Sebastian Quintin	[?]	x
Furriera	Mozo de Cocina	Juan Martínez	[?]	x
Furriera	Mozo de Cocina	Nicolao Bise	[?]	x
Furriera	Aguador	Bartolomé Sánchez	x	
Furriera	Aguador	Francisco de Salvatierra		x
Furriera	Lavandera de Cocina	Matia Chopin	x	
<b>Salsería</b>	Salsier	Francisco de Guzmán <sup>241</sup>	x	
	Salsier	Juan de Rojas		x
	Ayuda de Salsier	Domingo de Ligorret	x	x
	Ayuda de Salsier	Rodrigo de Ricot <sup>242</sup>	x	x
Furriera	Mozo de Salsería	Juan Gutiérrez Rabin	x	x
	Mozo de Salsería	García [o Juan] de Espinosa	x	x
<b>Guardamanger</b> <sup>243</sup>	Comprador	Juan Ruiz de Valdiviesco <sup>244</sup>	x	x
	Oficial del -	Antonio de Madrigal	x	x
	Distribuidor	Juan de Colmenares		x
Furriera	Mozo de Guarda- mancería	Aymond Alvarado	x	
Furriera	id.	Adam Corbiçin	x	x
<b>Cerería</b>	[Distribuidor	Juan de Colmenares] <sup>245</sup>	x	
Furriera	Mozo de Cerería	Gerónimo Delgado		x
<b>Músicos Violones</b> <sup>246</sup>		Luis Mazcolar <sup>247</sup>	x	x
		Esteban Dico	x	x

<sup>240</sup> En 1560 se pagan a cuatro mozos pero no se sus nombres. Es posible que fuesen los mismos.

<sup>241</sup> Figura en algunas cuentas Gonzalo Muñoz de Castañeda como Salsier en 1560. Castañeda era Sumiller de la Cava y sirvió también por una temporada de Salsier hasta que Guzmán asumió su oficio.

<sup>242</sup> Gajes: 9 de diciembre de 1559. Vars.: Ricota.

<sup>243</sup> En 1566 esta sección aparece junto con la Salsería.

<sup>244</sup> Juan Alvarez de Astorga sirvió de comprador desde finales de 1559 hasta julio de 1560 cuando Valdiviesco asumió su oficio [gajes: 1 de julio]. Compraba todo género de cosas para la cocina.

<sup>245</sup> Colmenares, como vemos, aparece en dos secciones en las cuentas. Es probable que hiciese de distribuidor de cera en ambos años y fuese distribuidor de otras cosas. Las cuentas muestran que las compras de cera las hacia Sigoney y se debieron hacer por otro oficial posteriormente. Sus gajes corren desde el 1 de julio de 1560.

<sup>246</sup> Eran italianos estos músicos y vinieron con ella de Francia. Se traspasaron sus gajes a la casa nueva en julio de 1560.

<sup>247</sup> Vars.: Masoulas.

**Cuadro I. La casa de la Reina Isabel de Valois en c.1560 y c.1566**

Sección	Oficio	Nombre	1560	1566
		Antonio Dico	x	x
		Nicolao Brantan <sup>248</sup>	x	x
		Bautista Topiars <sup>249</sup>	x	x
		Clemente Crema <sup>250</sup>	x	x
	Violón y Tañedor de Flauta	Francisco Bailo	x	x
Furriera	Músico de Cámara	Miguel de Fuenllana	x	x
Furriera	Músico de Vihuela	Juan Pietro		x
Furriera	Músico de Voz	Juan Cortijo		x
Furriera	Maestro de Danza	Diego Hernández <sup>251</sup>	x	x
Furriera	Enano	François de Montaigne* <sup>252</sup>	x	x
Furriera	Barrendero	Pedro de Valdivieso	x	x
Furriera	Barrendero	Juan Moren	x	
Furriera	Barrendero	Juan Martínez	x	

**Cuadro II. Cédulas y pagos a la Casa de la Reyna 1560-2**

<b>1560</b>	18 Enero:	3.00ods	Notas:
	18 Marzo:	4.00ods	
	12 Abril:	4.00ods	
	5 Mayo:	4.00ods	
	8 Mayo:	1.10ods	
	10 Mayo:	2.00ods	
	17 Junio:	22.449ds	
	23 Junio:	4.00ods	
	24 Junio:	6.00ods	
	4 Ag.:	5.00ods	
	8 Sept.:	3.00ods	
	5 & 11 Oct:	4.00ods	

<sup>248</sup> Vars.: Brantan.

<sup>249</sup> Vars.: Tanpiare.

<sup>250</sup> Vars.: Crème.

<sup>251</sup> Lo era también del príncipe Carlos. Daba clases a la reina, a las damas y a los pajes.

<sup>252</sup> Gran favorito de la reina. Con frecuencia se llama Montaña.

## Cuadro II. Cédulas y pagos a la Casa de la Reyna 1560-2

	27 Oct.:	5.00ods	Notas:
	26 Nov:	6.00ods	
	30 Dic.	4.00ods	Préstamo de Domingo y Juan de Orbea
	?	23.333ds	Cédulas que se cumplieron en la dilatada feria de Octubre
	<b>Total 1560:</b>	<b>100.882ds</b>	
<b>1561</b>	4 & 7 En.	2.133ds	Préstamo de Domingo y Juan de Orbea
	10 En.	1.353ds	Préstamo de Domingo y Juan de Orbea
	4 Mayo	2.829ds	
	Mayo	602ds	Ajuste de 3 cuentas y los c.7ds que se cobraron por vender 'una planisa de cobre biejo'!
	9 Ag.	25.328ds	Feria de Agosto de Medina de Rioseco para acabar de pagar los gajes que se debían de la casa de 1560
	?	1.40ods	Préstamo de Diego de la Serna para ditto.
	<i>Sub. Total</i>	<i>33.645ds</i>	<i>En cuentas de Sigoney; a partir las de Villa</i>
	25 En.	4.00ods	
	12 Feb.	4.50ods	
	s.d.	3.00ods	
	4 Marzo	3.00ods	
	22 Marzo	1.30ods	
	31 Marzo	1.216ds	
	14 Abril	4.30ods	
	16 Abril	60ods	
	4 Mayo	4.30ods	
	28 Junio	12.80ods	
	15 Julio	8.60ods	
	19 Ag.	4.30ods	
	17 Sept.	4.30ods	
	11 Oct.	4.30ods	
	9 Nov.	4.30ods	
	7 Dic.	4.30ods	
	18 En.1562	25.193ds	En cumplimiento de la consignación del 61
	Sub total:	94.309ds	
	<b>Total de 1561:</b>	<b>127.954ds</b>	
<b>1562</b>	25 Dic.1561	74.685ds	Se asigno por cedula de fin de 1561 para los gastos de 1562. Fueron librados 'en cuentas del nuebo creami.o de las alcaualas del rreyno' El resto ya se habia prestado por anticipado.

**Cuadro II. Cédulas y pagos a la Casa de la Reyna 1560-2**

17 Feb.	12.00ods	Anticipo de los plazos de la consignación
28 Mayo	3.315ds	ditto.
[Julio]	4.00ods	Esto lo anticipo el rey en Julio para cubrir gastos ordinarios de Mayo 'y fueron de los que su md. perdono'. La cedula tiene fecha de 5 Agosto.
27 Jul.	4.00ods	
15 Ag.	4.00ods	'para la partida del bosque de Segouia y fuero[n] de los que ansi mismo su md. perdono'. La cedula es del 10 y recibió el dinero cinco días mas tarde.
30 Ag.	3.00ods	
8 Oct.	1.50ods	500 para Sigoney en pago de parte de sus gajes
20 Oct.	4.00ods	3.000 para cubrir los gajes de la condesa de Ureña
7 Dic.	25.314ds	Algo más de 15.000 de ellos librados en las rentas del reino. Me pregunto si esto no será para el 63 como hicieron en el 61 -2. Habla de una consignación de 100.000 para el año.
?	334ds	Relativo a sobrepago de especies de la cocina
<b>Total 1562:</b>	<b>136.148ds + 300 marcos de plata</b>	

Nota: CSR 82 s.f., finiquito de las cuentas de Sigoney, 1564. Las primeras dos cuentas son de Sigoney, pero a mediados de 1561 comienzan las del tesorero Luis de Villa. Se repite la información con pocos variantes en el descargo general de sus cuentas de 1567, también en el mismo legajo. Las sumas se dan en diferentes monedas o en dinero de cuenta y para facilitar la consulta las convertí en ducados de 375mrs.